P-245-13

637

LA NOVELA LITERARIA

DIRECTOR: V. BLASCO IBAÑEZ

4 pesetas volumen en rústica

VOLÚMENES PUBLICADOS

NÉMESIS, por Paul Bourget.
LA LLAMADA DEL SUELO, por Adriano Bertrand.
AL SERVICIO DE ALEMANIA.—COLETTE BAUDOCHE (dos novelas en un solo volumen), por Mauricio Barrés.
EL EMBOSCADO, por Paul Margueritte.
ALLÁ LEJOS, por J. K. Huysmans.
LA TORMENTA SOBRE EL JARDÍN DE CÁNDIDO, por Adriano Bertrand.
LA FAMOSA COMEDIANTA, por Abel Hermant.
LOS PÁJAROS SE ALEJAN Y LAS FLORES CAEN, por Elemiro Bourges.
LA CASA DEL PECADO, por M. Tinayre.
BAJO LA MIRADA DE LOS DIOSES, por Juan José Frappa.
EL PODER DE LA MENTIRA, por J. Bojer.
TRENES DE LUJO, por Abel Hermant.
EL INFIERNO, por Henri Barbusse.
AFRODITA, por Pierre Louys.
LA DIVINA CANCIÓN, por Myriam Harry.
MONTMARTRE, por Henri Duvernois.
AL REVÉS, por J. K. Huysmans.
EL DEMONIO DE LA VIDA, por E. Jaloux.
UN CORAZÓN VIRGINAL, por Remy de Gourmont.
AMANTES, por Paul Margueritte.
LAS NOCHES CLARAS, por Johan Bojer.
EL PERFUME DE LAS ISLAS BORROMEAS, por René Boylesve.
EN RADA, por J. K. Huysmans.
LA INDOMADA, por J. H. Rosny.
LA FIGURANTA, por León Frapié.
LA FUERZA DE LAS COSAS, por Paul Margueritte.
EN FAMILIA, por J. K. Huysmans.
LA DULZURA DE VIVIR, por M. Tinayre.
MARTA BARAQUIN, por J. H. Rosny
EL CREPÚSCULO DE LOS DIOSES, por Elemiro Bourges.
MI GRANDE, por Paul Margueritte.
LORENZA ALBANI, por Paul Bourget.
LA PROSCRITA, por León Frappié.
LA IMPERIOSA BONDAD, por J. H. Rosny.
EL BECERRO DE ORO Y LA VACA RABIOSA, por Francis de Miomandre.
HUMOS EN EL CAMPO, por E. Jaloux.
EL MIEDO AL AMOR, por H. de Regnier.
ESCRITO EN EL AGUA..., por Miomandre.
EL JUSTICIERO, por Paul Bourget.
LA PARODIA DEL AMOR, por A. Vanni.
EL NIÑO EN LA BALAUSTRADA, por René Boylesve.
EL AMANTE DE LA SEÑORA DUBOIS, por Max y Alex Fischer.
LA MUCHACHITA DE JERUSALÉN, por Myriam Harry.
ROMANA MIRMAULT, por H. de Regnier.
SIONA ENTRE LOS BÁRBAROS, por Myriam Harry.
LA AVENTURA DE TERESA BEAUCHAMPS, por Francis de Miomandre.
LA TURCA, por Eugenio Montfort.
EL ABANDONADO, por René Bazin.
LA LECCIÓN DE AMOR EN UN PARQUE, por René Boylesve.
¡A PARÍS! (NACH PARIS!), por L. Dumur.
EL MARIDO DE LA MODISTA, por Henri Duvernois.
EL ANFISBENA, por Henri de Regnier.
PASCUAL GEFOSSE, por P. Margueritte.
UN DRAMA EN EL GRAN MUNDO, por Paul Bourget.
EDGAR, por Henri Duvernois.
MUJERCITAS, por Myriam Harry.
LA CARRERA, por Abel Hermant.
EL CETRO, por Abel Hermant.
EL CARRO DEL ESTADO, por A. Hermant.
VAMIREH, por J. H. Rosny.
LAS HERMANAS VATARD, por Huysmans.
LA SEÑORA JARDINCITO, por M. Harry.
ANOMALÍAS, por Paul Bourget.
LOS METECOS, por Binet-Valmer.
VIDA VIRGEN, por Gilberto Beccari.
LA SOMBRA DEL AMOR, por Marcela Tinayre.
EL HAMBRE INSACIABLE, por J. Bojer.
LAS SANGUIJUELAS, por E. Jaloux.
LA TORMENTA, por Paul Margueritte.
LA VIRGEN Y LA MUNDANA, por Mario Puccini.
EL PASADO VIVIENTE, por H. de Regnier.
EL CARNICERO DE VERDÚN, por L. Dumur.
EL AMANTE JOVENCITO, por P. Reboux.
EL INGENUO, por Francis de Miomandre.
LA AMAZONA, por Paul Bourget.
LA MUJER Y EL MUÑECO, por Pierre Louys.
MATERNIDAD, por Johan Bojer.
LA MUERTE DE LA TIERRA, por J. H. Rosny (mayor).
LA PEQUEÑA PAPACODA, por P. Reboux.
BAJO EL CIELO VACÍO, por Johan Bojer.
LA CÁRCEL, por Paul Bourget.
CORAZÓN PENSATIVO NO SABE ADÓNDE VA, por Paul Bourget.
TÚNEZ LA BLANCA, por Myriam Harry.
CONFLICTOS ÍNTIMOS, por Paul Bourget.
EL CAFÉ CANTANTE, por Paul Reboux.
LA FUERZA MISTERIOSA, por J. H. Rosny.
ANTES DEL AMOR, por Marcela Tinayne.
DÍAS DE PRUEBA, por Paul Margueritte.
LA CIUDAD SIN JEFE, por R. Canudo.
EL VIEJO CALAVERA, por Henri Lavedan.
LOS DERROTISTAS, por Luis Dumur.

EDITORIAL PROMETEO.—APARTADO 130.—VALENCIA

¡BIENAVENTURADOS LOS QUE LLORAN!

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

DON LUIS MARIANO DE LARRA.

El amor y la moda.
El toro y el tigre.
Un embuste y una boda.
Todo son raptos.
Pedro el marino.
El cuello de la camisa.
En palacio y en la calle.
Las tres noblezas.
Quien á cuchillo mata.
A caza de cuervos.
As en puerta.
Los dos inseparables.
Una nube de verano. (Tercera edicion.)
Lanuza.
Entre todas las mujeres.
Sapos y culebras.
Una Vírgen de Murillo (1).
El beso de Judas.
Una lágrima y un beso.
Juicios de Dios.
La flor del valle. (Segunda edicion.)
La pluma y la espada.
Batalla de Reinas.
El amor y el interés. (Tercera edicion.)
La planta exótica. (Segunda edicion.)
La paloma y los halcones.
El rey del mundo.
La perla negra.
La oracion de la tarde. (Sexta edicion.)
Los lazos de la familia. (Cuarta edicion.)
Rico de amor.
Barómetro conyugal (2).
La bolsa y el bolsillo (2).
El Marqués y el Marquesito.
Los infieles (3). (Segunda edicion.)
La agonía. (Segunda edicion.)
Flores y perlas. (Cuarta edicion.)
Dios sobre todo.
Las hijas de Eva. (Tercera edicion.)
El hombre libre.
La primera piedra.
Estudio del natural.
La cosecha.
La conquista de Madrid. (Segunda edicion.).
Cadenas de oro (4).
Una revancha.
La ínsula Barataria.
Punto y aparte.
En brazos de la muerte!
¡Bienaventurados los que lloran! (Cuarta edicion.)
El bien perdido.
Oros, copas, espadas y bastos. (Tercera edicion.)
Los órganos de Móstoles.
Los infiernos de Madrid.
El ángel de la muerte.
La varita de virtudes.
Los misterios del Parnaso.
El Becerro de oro.
Los hijos de Adan.
El árbol del Paraiso.
Los hijos de la costa.

OBRAS NO DRAMÁTICAS.

Tres noches de amor y celos. Novela en dos tomos.
La gota de tinta. (Segunda edicion.) Novela en dos tomos.
El libro de las mujeres. Obra traducida en un tomo.

---

(1) En colaboracion con D. Luis de Eguilaz.
(2) Idem con D. Ventura de la Vega.
(3) Idem con D. Narciso Serra.
(4) Idem con D. Ramon de Navarrete.

4

¡BIENAVENTURADOS LOS QUE LLORAN!

COMEDIA EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON LUIS MARIANO DE LARRA. y Wetoret

Estrenada en el Teatro del Príncipe, á Beneficio de D. Antonio Pizarroso
el 19 de Mayo de 1866.

CUARTA EDICION.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1871.

PERSONAJES.	ACTORES.
JUANA	Doña Teodora Lamadrid.
CLARA	Doña Cármen Berrobianco.
LA BARONESA	Doña Felipa Orgaz.
EL DOCTOR ALVARADO	Don Julian Romea.
DON PEDRO	Don José Valero.
EL MARQUÉS	Don Antonio Pizarroso.
FERNANDO	Don Ricardo Morales.
URRUTIA	Don Benito Pardiñas.

La escena es en Madrid y en nuestros dias.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quien haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los Comisionados de las Galerias Dramáticas y Liricas de los *Sres. Gullon é Hidalgo*, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL SR. D. ADELARDO LOPEZ DE AYALA.

No te dedico esta comedia por creerla digna de tu talento, ni por la confianza que en su éxito tenga: sino porque siendo de entre todas las mias una de las que más quiero, natural es que vaya resguardada con el nombre de uno de mi más queridos amigos.

Hazle el cordial recibimiento que en tales casos se acostumbra y admítela como una pública prueba del amistoso cariño que hace tantos años te profesa

Luis Mariano de Larra.

ACTO PRIMERO.

Gabinete de recibir en casa del Marqués, amueblado con el mayor lujo y elegancia. Puerta al foro y laterales.—Sillones, jardineras, etc., etc.

ESCENA PRIMERA.

CLARA, la BARONESA, URRUTIA, las primeras sentadas á la izquierda del actor, en un *bis-à-bis*. El segundo, apoyado en una chimenea, más inmediato á Clara.

BAR. Yo sentí mucho no verlas.
URRUTIA. ¡Es espectáculo hermoso
aquel de ver los caballos
correr por el hipodromo!
¿No es verdad, Clarita?
CLARA. Á mí,
su perdon de usted imploro,
las carreras de caballos
no me entusiasman!
URRUTIA. (Con naturalidad.) Supongo...
CLARA. Ni el vencido me da lástima,
ni me importa el victorioso;
voy, porque va todo el mundo,
que es lo que manda el gran tono,

y me aburro lo que puedo...
que suele no ser muy poco. (Sonriendo.)

URRUTIA. Estaba usted á caballo
sin embargo...

CLARA. Pero pronto
me volví á la carretela;
como no apuesto... ni corro...

URRUTIA. (Con intencion.)
Lo ví; usted se interesaba
sin duda, por algun otro
que iba á pie, y le dió un asiento...

CLARA. (Con fingida indiferencia.)
¿Salazar?...

URRUTIA. (Sonriendo.) Yo no le nombro!
Socorrer al desvalido
acto es misericordioso, (Con ironía.)
y usted es muy filantrópica
para no cuidar del prójimo!...

CLARA. No fué caridad; ustedes
no hablaban más que de potros;
y yo anhelando hablar de algo
para mí más á propósito,
tendí la vista, y no viendo
entre ustedes uno sólo
que á caballo ó en carruaje
mi afan leyera en mis ojos,
los bajé y encontré al punto,
á pie, sujeto más propio.

URRUTIA. (Con ironía.)
¡Hay pobres de gran fortuna!

CLARA. (Id.) ¡Y ricos muy económicos!

URRUTIA. No lo es usted, pues teniendo
muchos que anhelan gozosos
unir á su gran fortuna
su caudal aun más cuantioso,
protege á quien sólo tiene
su nombre pintado al óleo! (Sonriendo.)

CLARA. Nombre que usted leyó impreso
ayer en más de un periódico
extranjero, al dar detalles
de la exposicion de Oporto.

URRUTIA. Sí...

CLARA. Tambien en los de Francia
leyó ese nombre entre elogios.
URRUTIA. Los artistas... (Á la Baronesa.) Hace tiempo
que no veo á usted tampoco
en el Real. Hoy se estrena ópera.
BAR. Como está enfermo mi esposo...
URRUTIA. No de cuidado. Si usted
quiere ir esta noche, Orozco
va á París y deja el palco
libre...
BAR. Si á usted no incomodo
y se le pide...
URRUTIA. Ahora mismo.
(Dirigiéndose á coger su sombrero.)
BAR. Gracias!
URRUTIA. Si yo vuelvo pronto,
¿estará usted aun aquí?
BAR. Sí; con mi sobrina como.
URRUTIA. Hasta luégo. Clara!... (Saludando.)
CLARA. (Preocupada.) Adios!...
URRUTIA. Le dura á usted el enojo?...
CLARA. ¿Y por qué debo enojarme?
URRUTIA. No soy yo tan generoso
que vea en poder ajeno
el bien que tanto ambiciono.
Y aunque soy un ignorado (Con ironía.)
capitalista, que corro
en vez de tras de la gloria
tras de los buenos negocios,
tengo mi amor y mi orgullo,
y lamento mi sonrojo.
CLARA. Por Dios, Urrutia!...
URRUTIA. Señora...
soy franco; si un dia logro
poder derribar al ídolo,
me tendré por muy dichoso.
CLARA. (Sonriendo.)
¿Me declara usted la guerra?
URRUTIA. (Con intencion.)
Á usted no; á él sí!
CLARA. (Tendiéndole la mano.) Perdono!
(Urrutia saluda y se va por el foro. La Baronesa le

sigue con la vista con impaciencia. Desde el foro vuelve él á saludar.)

ESCENA II.

CLARA, la BARONESA.

CLARA. ¿Queria usted que se fuera?
BAR. Sí tal; y ántes que haya otro
que nos interrumpa, quiero
discutir contigo un poco.
CLARA. Diga usted.
BAR. Con sentimiento
veo que murmuran todos
de tu pasion por ese hombre.
Urrutia, que es poderoso,
te ofrece su mano; muchos
querrian hacer lo propio;
pero tú estás dando pábulo
á que en tertulias y en corros
se hable de tí, y yo no quiero
dar crédito á lo que oigo.
CLARA. ¿De qué me acusan? ¿qué dice
esa falange de ociosos
que en criticar se alimenta
las acciones de su prójimo?
BAR. (En voz baja.)
Que Salazar, presentado
en tu casa, no sé cómo,
te quiere...
CLARA. Sí que me quiere;
¿qué más? porque eso es muy poc
BAR. Que tú á su amor correspondes!...
CLARA. Bien; ¿y adónde está el fenómeno?
Porque amarse dos personas,
jóven ella y él buen mozo,
es lo que está sucediendo
desde Adan hasta nosotros.
BAR. Pero lo que no sucede
ni es, sobrina, de buen tono,
es confesar sus amores
en sus actos *coram pópulo* .

Si hay baile en tu casa, tú
bailas siempre con él sólo;
y es de ver su horrible cara
si acaso bailas con otro;
en el paseo, en visita
es ya tu amor tan notorio,
que he venido á preguntarte
¿qué piensas hacer?... y ¿cómo?...

CLARA. No la entiendo á usted.

BAR. Respóndeme
con toda franqueza.

CLARA. Oigo.

BAR. (Con interés.)
Por qué amas tú á Salazar?

CLARA. Tia... (Sonriendo.)

BAR. Sí; yo te conozco,
y no eres tú de esos séres
poéticos, melancólicos,
que dan culto al sentimiento
de su alma, sobre todo.
Tú, bella, rica, elegante,
amiga del fausto, al oro
rindiendo culto; hija, en fin,
de una clase donde es todo
la posicion, la fortuna,
¿qué fin te prometes próspero
de esos amores vulgares,
y en tu porvenir exóticos?
¿Qué objeto es el tuyo?

CLARA. Tia,
volvamos atrás un poco.
Huérfana de padre y madre,
sin otro pariente próximo
que mi tio, en quien yo nunca
ví un protector cariñoso,
sino un hombre millonario
que por vivir á su antojo
me trajo á su casa, y cuida
de mi pingüe patrimonio:
he crecido sin que nadie
los arranques generosos
de mi corazon despierte

ni mi alma cuide tampoco.
He tenido trajes, coches,
lecho y tocador suntuosos,
me han faltado abrazos, besos,
cariño, amor sobre todo.
Ese previsor cuidado,
esos consejos juiciosos
con que una madre, al capricho
de una hija pone coto,
me han faltado siempre, y sola,
miré al destino tan pródigo
con mi vanidad, que aun
lo imposible desconozco.
Tengo, pues, muchos defectos,
ya ve usted que no me elogio,
pero he querido decirla
con este preciso exordio,
que yo no tengo la culpa
si los tengo y los conozco.

BAR. Yo... (Disculpándose.)

CLARA. Usted, Baronesa, prima
de mi tio, con su esposo
enfermo hace tantos años,
nunca ha podido tampoco
la educacion de mi alma
dirigir; viene tan sólo
cuando algo ocurre importante,
y que lo es lo de hoy supongo
cuando á hablarme en ello viene.

BAR. Es verdad...

CLARA. Acabo pronto.
Apenas ese gran mundo
me vió en la edad á propósito
para amar y ser amada;
esa edad cuyos escollos
es difícil salvar sola,
sin direccion, sin apoyo,
rodeada me ví al punto
de egoistas ó ambiciosos.
Unos con mi amor querian
lograr fama de Tenorios;
otros abusar por cálculo

de mi edad y mi abandono;
unos buscaban mi dote
que les disputaban otros,
y todos eran iguales
en valer como en propósitos.
Yo buscaba un ser distinto,
no apasionado, no loco
de amor, un hombre siquiera
ménos pequeño que todos.

BAR. Si amabas ya...

CLARA. (Interrumpiéndola.) Se trataba
de mi vanidad tan sólo;
y yo queria que el hombre
en quien fijara mis ojos,
se saliese de la esfera
vulgar de los que conozco.
Uno que por su talento,
ó su valor, ó su arrojo,
ó su nombre, confundiera
los proyectos de los otros.
Usted y Madrid entero
recuerda aún con asombro
el cuadro de Salazar...

BAR. *Guzman el Bueno*, ¡era hermoso!

CLARA. El pintor desconocido
ganó la medalla de oro;
le disputaron el lienzo
los extraños y los propios,
le admiraron los artistas,
contemplóle el vulgo absorto,
y en la exposicion francesa
va á descollar entre todos.

BAR. No hablaron en cuatro dias
de otra cosa los periódicos.

CLARA. Todos conocer quisieron
al hombre que por sí solo,
desconocido en la lucha,
célebre era victorioso.
Yo insistí, le presentaron;
no sé qué notó en mis ojos
cuando todas las miradas
se fijaban en su rostro;

cuando todas las mujeres
más bellas, de más gran tono,
le asediaban á preguntas
y le aturdian á elogios,
que atravesó mis salones,
y confuso y tembloroso
vino á pedir á mis labios
una sonrisa tan solo.
¡Cuánto gocé aquella noche,
y cómo mi orgullo indómito
comprendió la indiferencia
de Salazar á los otros!
El embajador de Rusia
se acercó un momento, y pródigo
adquirir intentó el cuadro
para su pais.

BAR. ¡Qué tonto!
y no le vendió?...

CLARA. Mis labios
murmuraron no sé cómo
«*no le veré más...*» Entónces
oprimió mi brazo un poco
Salazar, y «*es de mi patria!*»
dijo, buscando mis ojos.
Él desde entónces me adora,
yo desde entónces le oigo,
y sin saber fijamente
lo que será de nosotros,
me dejo arrastrar contenta
á ese juego peligroso.

BAR. Bien, todo eso es muy bonito;
pero despues de ese prólogo
vienen de la vida práctica
los hechos...

CLARA. Ya lo supongo...

BAR. Él, aunque célebre artista,
no es partido ventajoso
para tí; con sus pinceles
podrá vivir, eso es todo:
tú tienes cuatro millones
de capital; ó ese mozo
busca tu fortuna, ó te ama.

noblemente...

CLARA. Él está loco
por mí, y yo estoy halagada
por su pasion.

BAR. Es forzoso
que esto concluya, y entónces
¿qué será de él?

CLARA. Lo conozco,
pero de cortar el nudo
no encuentro forma ni modo.

BAR. ¿Tú con él te casarias?

CLARA. Él no querrá ser mi esposo
siendo yo rica y él pobre.

BAR. Si es verdad es un fenómeno;
pero tú por ver feliz
á ese hombre que envidian todos,
¿perderias tu fortuna?

CLARA. Tendria mucho de cómico!
fuera ridículo, y eso
es lo que yo no soporto.

BAR. No le amas como él á tí
entónces.

CLARA. Cuando le oigo
su ardiente pasion jurarme
creo que sí; cuando noto
que otras mujeres le elogian,
en mis proyectos afronto
lo porvenir; pero cuando
le zahieren, mi sonrojo
me dice que no es amor
sino orgullo el que le otorgo.
Mil veces quise decirle
«todo acabó entre nosotros,
un juego fué mi cariño:»
pero adivino en sus ojos
su desprecio. . y no me atrevo
á arrostrarle... y no le arrostro.

BAR. No veo la solucion.

CLARA. Tia mia, yo tampoco.

BAR. Ten cuidado con Urrutia,
que es contrario poderoso.

CLARA. ¿Puede á Salazar quitarle

su celebridad?

BAR. Su enojo
puede encontrar la manera
de vengarse de vosotros.
(Ap. á Clara con rapidez.)
Tu tio.

CLARA. (Id. á la Baronesa.) Ni una palabra;
sabe usted que no le importo.

ESCENA III.

CLARA, la BARONESA, el MARQUÉS, que entra por el foro y da á un criado su sombrero: éste se dirige á las habitaciones de la izquierda. El Marqués baja al proscenio.

MARQ. Hola! ¿Estás tú por aquí? (Á la Baronesa.)

BAR. Así parece. (Sonriendo.)

MARQ. (Sentándose á la derecha.)
Y ¿qué tal?
(Clara hojea algunos libros que habrá en la mesa con marcada indiferencia prestando poca atencion al diálogo del Marqués y la Baronesa, y dando á comprender que la preocupan sus pensamientos de la escena anterior.)

BAR. El baron lo mismo, mal.

MARQ. Ya el mes pasado le ví,
y francamente, no voy
porque sufro... y yo no puedo
ver sufrir...

BAR. Sí, tienes miedo
á la muerte... (Sonriendo.)

MARQ. Yo no soy
tan cobarde ni insensato,
mas quiero á mi corazon,
y daré medio millon
por evitarme un mal rato.
Yo quisiera consolar
sus desgracias... y aun espero...
pero llora, y yo no quiero
entristecerme y llorar.
No habrá humano sacrificio
que yo no haga por tu esposo,

pero estimo mi reposo,
é ir á verle es un suplicio.

BAR. Es tu primo. (Con intencion.)

MARQ. Sí, lo es;
más si el mal no tiene cura,
¿qué ventaja le asegura
mi visita?

BAR. (Ap. á Clara.) Ya lo ves.

MARQ. Baldado dia tras dia
por más que hace uno para...
vamos! y si se curara
por ir á verle, yo iria!
pero pasar un disgusto
sin ventaja y sin objeto...

CLARA. Es triste. (Con intencion.)

BAR. Sí, yo respeto
tu plan, pero á él no me ajusto.

MARQ. Tú eres su esposa, mas yo,
que nunca quise tener
ni familia ni mujer
ni nadie me molestó;
yo que no quise casarme
por evitar el tormento
de los hijos, y el lamento
de la madre... ¿he de encerrarme
con un infeliz enfermo
y moverle sin cesar...
yo!... que no puedo pasar
una noche si no duermo?
Qué diantre! Ya te he enviado
mi médico... ¡Era un capricho!
Cuanto quieras, ya te he dicho...
¡Ah! y que no deje mandado
si se muere, que yo sea
en tan crítico momento
testigo en su testamento,
ni curador, ni albacea.
Tú que eres esposa y madre,
aunque sientas, es forzoso
que en tí descanse tu esposo:
yo ni prestado soy padre.
Chiquillos yo!... ¡Dios me asista!

BAR. Tú mismo das la razon
á la pública opinion
que te tacha de egoista.
MARQ. Injusticia igual no ví!
¿Soy yo sordo á la desgracia,
no atiendo con eficacia
á la indigencia?
BAR. Eso sí!
MARQ. ¿No doy limosnas sin cuento?
no soy hace años vocal
de la junta provincial
de beneficencia? Miento?
¿No amparo á la juventud?
¿No he sido hace un mes nombrado
secretario del jurado
de premios á la virtud?
¿No concedo un premio yo
al que más hambre resista?...
pues si eso es ser egoista
venga Dios y véalo!
CLARA. Oh! tiene razon mi tio.
MARQ. Y yo sin necesidad
no te tengo á tí?
CLARA. Es verdad;
y administra el caudal mio.
MARQ. Vamos! si será forzoso
en el siglo singular
en que estamos, por lograr
fama de hombre generoso,
dar su pellejo en revancha
por la viuda vergonzante
como el caballero andante
don Quijote de la Mancha?
Si es que llaman egoismo
á mi carácter, no cedo:
yo hago todo el bien que puedo
empezando por mí mismo.
BAR. Yo no he querido ofenderte.
MARQ. Ni yo me ofendo tampoco.
Á propósito, ese loco (Despues de una pausa.)
de doctor, fué ayer á verte?
BAR. Tú medico?

MARQ. Sí.
BAR. Es un hombre
de vastísima instruccion
y de muy buen corazon.
MARQ. Es natural que te asombre.
Á mí me divierte mucho
por lo excéntrico y lo raro,
y aunque es tanto su descaro
me alegra cuando le escucho.
Aunque lleva un dineral
por una cura cualquiera,
ha encontrado la manera
de no tener nunca un real!
Saca á los ricos el quilo
y gasta todo el dinero
en vestir al pordiosero
y se queda tan tranquilo.
De balde á los pobres cura,
y con todo cuanto tiene
los regala y los mantiene
en tanto que el mal les dura.
Yo con él estoy contento,
porque ese hombre extraordinario
es un ser estrafalario
que tiene mucho talento.

ESCENA IV.

CLARA, BARONESA, MARQUÉS, DOCTOR, que entra por el foro despues de haber oido estos cuatro versos últimos, y que apenas deja su sombrero en una silla se dirige hácia adonde están las señoras sin hacer caso del Marqués.

DOCTOR. Y nunca se vió doctor
de amigos tan elogiado
como se ha visto Alvarado
por el Marqués de Belflor.
MARQ. Yo... (Un poco turbado.)
DOCTOR. El panegírico es viejo.
Cómo va? (Á Clara.) Y usted ya sale?
(Á la Baronesa.)
MARQ. Hombre... (Viendo que no le hace caso.)

DOCTOR. Usté es quien ménos vale
y para el final le dejo.
MARQ. Gracias.
DOCTOR. (Ap. á Clara.) Esa linda cara
me anuncia un grave cuidado;
y ese aire preocupado
me da ~~á entender~~ que sospechó, ~~bella~~ Clara,
que en esa naturaleza,
que hoy existe en conmocion,
falta mucho corazon
y sobra mucha cabeza.
CLARA. (Nadie por mí vertió llanto) (Ap. al Doctor.)
DOCTOR. (Sí, en este recinto mismo
hay un tifus de egoismo
capaz de asfixiar á un santo.)
Ya le dije á usted ayer (Á la Baronesa.)
que su esposo está mejor,
gran paciencia y mucho amor
es lo que ha de menester.
No hay friegas ni operaciones
que hagan lo que hace el cariño:
mejor se le cura á un niño
con besos que con fricciones.
Todos somos unos Ícaros
cuando perdemos terreno...
(Se dirige á sentarse al lado del Marqués diciéndole al pasar.)
Usted gordo, sano y bueno
como están siempre los pícaros.
Me alegro. (Sentándose.)
MARQ. Es usté el Doctor
de mejor humor del mundo.
DOCTOR. Gracias. Sentado un segundo
podré descansar mejor.
Vengo cansado y molido.
MARQ. ¿Le duelen á usted los piés?
DOCTOR. Dios, y mis piernas despues
saben lo que yo he corrido.
CLARA. Viene usted de léjos.
DOCTOR. No.
Ha sido que un caballero
que iba haciendo de cochero

en su vitoria ó landó,
por mirar un lindo talle
se le distrajo la mano
y atropelló á un pobre anciano
que pasaba por la calle.
Él corria á troche y moche,
y yo á todo decidido
cogí en brazos al herido
y eché á correr tras el coche.
Contar detalles ahorro;
le alcancé, en él nos metimos
con el otro, y en él fuimos
á la casa de socorro.
Dió allí sus señas el tal;
y ahora me están diciendo estas
(Señalando las piernas)
que con un prójimo acuestas
se corre bastante mal.

MARQ. Siempre excéntrico! Qué facha
tendria usted!

DOCTOR. No hay cuidado.
Yo sé que hoy se ha enamorado
de mí más de una muchacha.

MARQ. ¿Y por qué usted, que ya tiene
gran fama en la medicina,
no se compra una berlina,
que es lo que más le conviene?

DOCTOR. No me divierte el reposo,
y entre subir y bajar
y dar órden de enganchar
se pierde un tiempo precioso.
Son mis visitas primeras
gente que vive muy alta,
y el carruaje no hace falta
para subir escaleras.

CLARA. Tacharán á usted de avaro.

MARQ. Usted gana un dineral.

DOCTOR. Pero hay tantos que están mal
y el vivir cuesta tan caro...
que aunque poner órden quiero
y curo á gente de pro,
entre los pobres y yo

gastamos mucho dinero.

MARQ. La caridad es muy santa,
pero robarse á sí mismo...

DOCTOR. Oh! no tal, si es egoismo:
mi teoría le espanta? (Al Marqués.)
Si caigo enfermo algun dia,
si me inutilizo ya
y hay quien lo sepa, será
mi calle una romería;
no tendré dónde poner
lo que el cielo le depare,
ni la gente que me ampare
podrá en mi casa caber.

MARQ. El hombre es ingrato!

DOCTOR. Sí;
pero las madres que han visto
que el gaban conque me visto
á sus pobres hijos dí,
sábanas sabrán hacer
de su misma humilde ropa
y la mitad de su sopa
me darán para comer.

BAR. Doctor... (Levantándose y dándole la mano.)

MARQ. No me vuelvo atrás.
Entusiásmate si quieres. (Á la Baronesa.)

DOCTOR. Las madres no son mujeres
como todas las demas.
Y yo he venido á hacer algo
y el tiempo no sé perder.

BAR. Usted puede disponer
de todo cuanto yo valgo.

DOCTOR. Gracias.

BAR. Á ustedes dejamos.

DOCTOR. Sí, un momento.

CLARA. (Ap. al Doctor.) Tal vez yo
quiera hablarle.

DOCTOR. (Ap. á Clara.) ¿Por qué no?
¿Cuándo?

CLARA. Esta noche.

BAR. (Á Clara.) Ven.

CLARA. Vamos.

(La Baronesa y Clara se van por la derecha.)

ESCENA V.

EL DOCTOR, MARQUÉS.

DOCTOR. ¿Leyó usted mi relacion?
MARQ. Sí, y es notable á fe mia.
DOCTOR. ¿Tendrá el premio?
MARQ. Todavía
falta allí una condicion.
DOCTOR. ¿Cuál?
MARQ. Aunque usted me merece
un crédito ilimitado
y yo he propuesto al jurado
que ese hombre el premio merece;
aunque afirman diez testigos,
y entre ellos la autoridad,
que el relato es la verdad,
los hombres tienen amigos...
y la junta me dió ayer
la comision de que hablara
yo á ese hombre y que me informara
por mí mismo. Es mi deber
y á cumplirle estoy dispuesto:
yo buscando el mejor modo
sabré informarme de todo
á gusto de usted. No es esto?
DOCTOR. Sí, pero debo advertirle.
que ese hombre no sabe nada,
que es su modestia extremada
y premiarle es aturdirle.
¿Qué espera usted alcanzar
de su propia confesion?
¿que elogie su corazon?
¿que se haga héroe singular?
¿que confiese ingenuamente
que fué grande el beneficio,
eterno su sacrificio
y su virtud sorprendente?
MARQ. Pues cuando uno... cuando yo
hago un bien, me satisface
que se sepa.

DOCTOR. Cuando se hace
así, no digo que no.
Pero cuando un hombre existe
de esa virtud verdadera,
que hace tal vez por cualquiera
lo que á usted se le resiste;
que su ser liga á otro ser,
y le mantiene y le cuida,
y expone por él la vida
siempre cuando es menester;
que por darle una carrera
pierde su fortuna toda,
y por amor, no por moda,
le consagra su alma entera;
comparte con él su pan
ó le da entero en su daño
un mes y un año y otro año
con cariño, con afan,
si va el jurado virtuoso
á preguntarle á su casa,
«diga usted, qué es lo que pasa
aquí de maravilloso?»
él dirá á la multitud
con la faz avergonzada,
«señores, yo no hago nada...
no entiendo...» Esa es la virtud!

MARQ. Es inútil que me argulla.

DOCTOR. Porque es mi lógica extrema.

MARQ. Cada loco con su tema,
yo dejo á usted con la suya.
¿Quién ocultarse querrá
por sus acciones virtuosas?

DOCTOR. Oh, Marqués! hay ciertas cosas
que usted nunca entenderá;
en fin, pues la moda ordena
al rico ó al poderoso
que en vez de hacerme virtuoso
premie la virtud ajena,
hagamos de un mal un bien,
y usted, señor secretario,
haga porque en el santuario
entre la virtud tambien.

MARQ. Pues si usted no cree prudente
que yo de ese hombre me informe,
estará al ménos conforme
en que aumente el expediente.
DOCTOR. Mas testigos?
MARQ. Eso es.
DOCTOR. (Ocurriéndosele de pronto una idea.)
Le puede á usted informar
mejor que yo, Salazar.
MARQ. El pintor?
DOCTOR. Justo, Marqués.
MARQ. Conoce él al grabador.
DOCTOR. Mas que á sí propio.
MARQ. Y dirá...
DOCTOR. Él conmigo firmará
la solicitud.
MARQ. Mejor.
Entónces no hay más que hablar.
DOCTOR. Gracias...
MARQ. Le hablo...
DOCTOR. Decidido.
MARQ. Adios; será usted servido.
(Se dirige á la izquierda.)
DOCTOR. Se me olvidaba al marchar...
(El Marqués vuelve á bajar al proscenio.)
Marqués; su sobrina Clara (En voz baja.)
es muy rica...
MARQ. Ya lo creo. .
DOCTOR. No sabe usted que la veo
ha dias de mala cara!...
MARQ. No sé... (Con indiferencia natural.)
DOCTOR. La quiere usted?...
MARQ. (Con extrañeza.) Yo!...
es mi sobrina...
DOCTOR. No es eso;
la quiere usted... con exceso?
MARQ. Hombre!... con exceso no!...
DOCTOR. Bien!... ¿y usted no tiene hijos
ni hermanos...
MARQ. Por mi ventura;
se vive con más holgura
y sin cuidados prolijos...

DOCTOR. Si ella, rica y opulenta, (Con intencion.)
quisiera á un hombre más bajo,
viviendo de su trabajo,
sin posicion y sin renta...

MARQ. Yo un consejo la daria...
mas si una locura hiciera...
ella es libre.

DOCTOR. Mas si fuera
desgraciada...

MARQ. Si queria...
No iba yo por sus acciones
á sufrir un mal profundo...

DOCTOR. ¡Qué lástima que en el mundo! (Mirándole.)
no se vendan corazones!

MARQ. Por qué esa idea le asalta?...
No me parece oportuno...

DOCTOR. Le compraria á usted uno, (En voz baja.)
que le está haciendo gran falta.

MARQ. Se equivoca usted, Doctor... (Picado.)
yo tambien he amado...

DOCTOR. (Con extrañeza.) Sí!

MARQ. Hace tiempo. Jóven fuí
y rendí culto al amor.

DOCTOR. ¿Y cómo está usted soltero?...

MARQ. Una pasion desigual
me hizo padre.

DOCTOR. Á usted?

MARQ. Sí tal...

DOCTOR. Y usted como un caballero (Con ironía.)
se portaria?... ¿Murió
el fruto de su cariño?...

MARQ. No sé; me asustó aquel niño...
y la madre me aterró...
ví compromisos sin cuento...
y á mí... que todo me abruma!...
dí á su madre una gran suma
y me retiré al momento...

DOCTOR. Y ella?... (Conteniendo su indignacion.)

MARQ. Necia ú orgullosa
no la admitió!...

DOCTOR. ¡Qué esto pase!

MARQ. Ella era de humilde clase,

no iba yo á hacerla mi esposa!

DOCTOR. Despues!... (Con interés.)

MARQ. Tuve en qué pensar
y nunca he vuelto á saber...
Ya ve usted, que conocer
puedo bien lo que es amar.
Aun hoy mismo siento á veces
que al perder yo la existencia,
vaya á mermarse mi herencia
entre escribanos y jueces.
Si hoy aquel hijo viera
ya criado y hecho hombre,
mi fortuna y áun mi nombre
puede que al punto le diera.

DOCTOR. Así criadito y todo...
y con carrera y sin madre...
tal vez fuera usted su padre;
vamos, es el mejor modo.
Conque usted tuvo un desliz,
dejó por ahí la semilla,
y diciendo: «ancha es Castilla»
vive tranquilo y feliz.
Pasó usted su juventud
con el amor necesario, (Con sarcasmo.)
y ahora es usted secretario
de premios á la virtud!... (Conteniéndose.)
Pues señor, yo no estoy bien...
me voy á dar un paseo...
Hay horas en que me creo
un poco loco tambien...
En que comienzo á dudar
en que el bien siempre es fecundo,
y en que veo que en el mundo
falta mucho que arreglar...

MARQ. Raro llama á usted la fama! (Se va riendo.)

DOCTOR. ¡Veinte mil duros de renta!...
(Mirándole marchar.)
¡Como caigas por mi cuenta
te tengo un año en la cama!...
(El Marqués se va por la izquierda. Pausa.)

ESCENA VI.

EL DOCTOR ALVARADO.

¡Esto está muy mal dispuesto!
¿Por qué es rico este señor
y sano, y sin un dolor
que le ponga algo molesto?
Si todos los ricos fueran
como el señor del jurado,
estaba el mundo aviado!...
Y aunque esa historia supieran...
no por eso dejarian
de llamarle un caballero,
ni su nombre y su dinero
por él se avergonzarian...
Nadie preguntarle osara
por aquel pobre angelito!...
¡ya se ve! como el delito
no se conoce en la cará,
la virtud viene llorando
y tiene el mundo por potro.
¡Ay! no vendria mal otro
diluvio de cuando en cuando!
(Alzando los ojos al cielo. Se dirige al foro, coge su sombrero y al salir entra Fernando.)

ESCENA VII.

EL DOCTOR, FERNANDO, por el foro.

DOCTOR. Me voy. Ah!
FERN. Señor Doctor...
(Saludándole con cariño.)
DOCTOR. Vienes de tu casa?
FERN. Sí. (Mirando á todas partes.)
DOCTOR. ¡Dichoso el que tiene allí
quietud, ventura y amor!
Fernando; yo ya soy viejo,

casi la vida crucé;
¿por qué, Fernando, por qué
no has seguido mi consejo?

FERN. (Hace un movimiento de extrañeza.)

DOCTOR. ¿Por qué quisiste cruzar
con instintos desdichados,
estos salones dorados
donde el oro tiene altar?
Donde en vez de corazon
para su mútuo provecho,
el hombre busca en su pecho
el latido de un millon?
Oh! no dejes, por correr
en pos de locos ensueños,
aquellos muebles risueños
que te recuerdan tu ayer.
Aquel santo y pobre hogar
que miró tu edad primera;
allí está tu compañera
y allí la debes buscar.

FERN. Yo... Alvarado...

DOCTOR. Tú eres bueno.
por eso aquí estás peor:
la más olorosa flor
suele encerrar un veneno.

FERN. (En voz baja.)
Es usted muy cruel con ella...

DOCTOR. Es que en materia de amores
sucede lo que en las flores,
la mejor no es la más bella!
¿Quién eres de Clara al lado?
¿qué nombre la ofrecerás?...
y cuánto maldecirás
haberla visto y amado!

FERN. Oh! mi eterno torcedor!...

DOCTOR. Tu alma la verdad no ignora...
Tú maldecirás la hora
en que ha nacido ese amor!...

FERN. Yo bien quisiera poder... (Con pasion.)
pero es mi amor tan profundo...

DOCTOR. ¡Para arreglar este mundo
tiene Dios mucho que hacer!

Mutis.

(Despues de mirar á Fernando y yéndose por el foro.)

ESCENA VIII.

FERNANDO.

Oh! y es cierto! ¡pobre loco!
aunque hoy á la gente asombre,
el aplauso de mi nombre,
sé que no es mio tampoco!
¿Qué vengo á hacer á esta casa?
¿Por qué si aquí no he nacido,
si oscuro y pobre he vivido
hoy esta fiebre me abrasa?
Quiero huir de ella... y no puedo!...
nunca mia he de llamarla,
y cuando juro dejarla (Con desesperacion.
la oigo llamarme... y me quedo!

ESCENA IX.

FERNANDO, CLARA, por la derecha.

CLARA. Fernando! (En voz baja y con rapidez.)
FERN. Clara!
(Corriendo á su encuentro con pasion.)
CLARA. Mi tia
está adentro, y no quisiera
que hasta la noche te viera...
¿No te han visto todavía?...
Vete!...
FERN. (Con desaliento.) ¡Tan pronto!
CLARA. (Brevemente.) Ya ves...
cuando yo misma deseo...
FERN. Tienes algo? No te creo!
CLARA. Ya te lo diré despues...
FERN. ¿Por qué quieres que no entre?...
CLARA. Porque mi tia me ha hablado
de tí... y está bien pensado

que dos veces no te encuentre...

FERN. Qué te han dicho? (Insistiendo.)

CLARA. Yo no oí...

FERN. Dilo, ó si no, no me voy. (Con firmeza.)

CLARA. Parece que todos hoy (Con disgusto.)
se conjuran contra tí!
Me quieres?

FERN. (Con fuego.) Más que á mi alma,
más que á mi vida y mi aliento!

CLARA. Necesito oir tu acento
para recobrar mi calma!

FERN. Estás mala?

CLARA. Estoy nerviosa!...
Vamos... vete!

FERN. (Sin oirla.) Y tú me quieres?...
No, Clara!... (Con desesperacion.)

CLARA. ¿De qué lo infieres?

FERN. Eres demasiado hermosa!...

CLARA. ¿Estaria así contigo
si no te amara? (Con sobresalto.)

FERN. (Con alegría.) Es verdad!

CLARA. (Suplicándole que se vaya.)
Fernando...

FERN. (Qué terquedad!)
Me quieres?

CLARA. Que sí te digo.

FERN. No puedo vivir así;
es necesario que hablemos...

CLARA. Esta noche convendremos...

EERN. Adios! (Con tristeza.)

CLARA. ¡Vendrás pronto?

FERN. Sí;
¡nos separan á los dos!
(Con la seguridad de un presentimiento. Clara procura dominar su emocion y se acerca á Fernando, aunque despues vuelve á recobrar su actitud y su reserva.)

CLARA. Por qué lo piensas no sé...
Vete; no salgan...

FERN. Me iré...
(Pidiéndole la mano, que ella le da despues de mirar á todas partes.)

Te adoro!... (Besándola con fuego.)

CLARA. (Desasiéndose y viendo que Fernando se va por el foro.)

(¡Gracias á Dios!)

(Ántes de que ella se vaya por la derecha cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de D. Pedro; muebles modestos y antiguos. En el foro una puerta que figura dar al exterior. En la pared de la derecha del actor dos puertas que dan á las habitaciones interiores. En la de la izquierda, dos ventanas con cristales y persianas que dan á la calle. En ambas, macetas con flores. Entre las dos una mesita pequeña, encima de la cual habrá un cuadro con una Virgen pintada al óleo. Algunos otros cuadros colgados sin órden en las paredes. Una mesa de nogal y un sillon de baqueta á su lado en el proscenio, á la derecha del actor. En el rincon de la derecha del foro, dos caballetes y algunos tiestos arrinconados. Sobre una silla, en el mismo sitio, una caja de pinturas, paleta y pinceles Al levantarse el telon, aparece Juana apoyada en una de las ventanas mirando á la calle.

ESCENA PRIMERA.

JUANA, el DOCTOR, que entra por el foro, despues de una pequeña pausa, y contemplándola fijamente, dice desde el mismo sitio, aparte.

DOCTOR. (¡Siempre fija en la ventana
para verle desde léjos!)

JUANA. (Volviéndose sorprendida al ruido que hace el Doc-

tor al entrar y quitándose inmediatamente de la ventana.)
Ah!

DOCTOR. (Disimulando.) Soy yo, nadie en resúmen!

JUANA. Oh! para mí mucho y bueno.

DOCTOR. Va bien, Juana? (Con solicitud.)

JUANA. Como siempre.

DOCTOR. ¿Y padre?

JUANA. De humor más negro
que de costumbre...

DOCTOR. Es extraño!
su resignacion modelo,
su eterna dulzura, sufren
algun cambio hace ya tiempo.

JUANA. Es que ántes se contentaba
con oirnos, aun no viéndonos:
pero desde que Fernando
llegó á tan brillante puesto;
desde que acabó su cuadro
que admiró Madrid entero;
desde que su nombre vuela
desde este rincon modesto
hasta conseguir aplausos
en paises extranjeros,
su casi perdida vista
echa el anciano de ménos,
por no poder contemplar
lo que tòdos ver podemos.

DOCTOR. Le quiere más que á su hija
casi...

JUANA. Con amor inmenso;
y es natural, que Fernando
vale mucho. (Con entusiasmo.)

DOCTOR. No lo niego.

JUANA. ¿Quién como él agradecido?
¿quién como él, del pobre viejo
que le ha servido de padre
es hoy sosten y consuelo?
Cuántos dias aquí mismo
sentado enfrente del lienzo
y copiando su cabeza
para su Guzman el Bueno,

se levantaba agitado,
arreglaba sus cabellos,
y en ellos loco escondia
sus lágrimas y sus besos!
«Si yo algun dia» exclamaba,
»á ser gran artista llego;
»á tí, padre de mi vida,
»á tí, mi Juana, lo debo.
»Tú verás con cuánto orgullo
»por el nombre que no tengo,
»ilustro el que tú me has dado
»á costa de tu sustento!»
Y ya lo ve usted, Fernando
ha llegado; y cuando suelo
leer en algun periódico
á mi padre, cuanto bueno
de Fernando dicen, loco
al pobre anciano le vuelvo.

DOCTOR. Hija mia, es que tu padre
vale mucho, y si... ¡no quiero
pensarlo!... si á sus bondades
diera Fernando mal premio,
un disgusto sólo, infame
seria...

JUANA. En el mundo vemos
á muchos hijos ingratos!
Fernando nunca fué de esos.
¿Y qué nos debe? el cariño!
¿no le paga con exceso?

DOCTOR. ¿Qué os debe? su vida entera,
su admiracion; su respeto!
Debe á tu padre el trabajo
de muchas noches sin sueño;
y la vista que ha perdido
por cuidarlo y mantenerlo!
Su educacion, que han pagado
de milagro años enteros,
tus manos, aun siendo niña,
sus canas ántes de tiempo. (Conmovido.)
Si Fernando no os amara,
si no pagara pudiendo
con su alma y con su vida

todo el bien que le habeis hecho,
fuera indigno de ese nombre
que ha hecho grande su talento.

JUANA. Usted exagera siempre. (Sonriéndose.)

DOCTOR. Sí. (Con ironía.)

JUANA. Porque es usted muy bueno,
y sirve de Providencia
á todo el mundo. (Con cariño.)

DOCTOR. ¡Y no haberos
conocido cuando estábais
casi en la miseria! El cielo
es á veces misterioso
y hay que acatar sus misterios!

JUANA. Y ya ve usted como nunca
ahoga...

DOCTOR. ¡Pero aprieta... y recio!

JUANA. Sí, más será por probarnos.

DOCTOR. Bien, pues si estais tan contentos,
si sois tan felices todos,
porque Fernando se ha hecho
un gran pintor, dime, Juana;
¿cuál es el pesar que advierto?

JUANA. En mí!... (Turbada.)

DOCTOR. (En voz baja.) ¿Por qué están tus ojos
cuando de pronto los veo
tan llorosos y encendidos?

JUANA. (Procurando dominar su turbacion, que aumenta por grados.)
No tal.

DOCTOR. (Insistiendo.) Ya hoy no es aquel tiempo
en que pasabas bordando
las noche en vela!

JUANA. (Cada vez más conmovida.) Eso...
tambien hoy bordo.

DOCTOR. ¿Qué miras
de esa ventana á lo léjos,
que siempre te dejo en ella
y siempre en ella te encuentro?

JUANA. (Esforzándose por sonreir.)
Yo... no sé.

DOCTOR. (Interrumpiéndola.) Mentir no sabes?
¿Y esa palidez que advierto

en tus mejillas?...

JUANA. (Llevándose al rostro la mano.) Yo pálida!

DOCTOR. Y ese temblor? (Insistiendo.)

JUANA. (Retirando la mano.) Vamos!...

DOCTOR. ¡Veo
más que tú! ¿qué es lo que tienes
que nadie nota?...

JUANA. (Retirándose.) No puedo...

DOCTOR. Dilo! (Más en voz baja.)

JUANA. Soy muy desgraciada!
(Rompiendo en llanto.)

DOCTOR. Lo sé... (Tu padre! Silencio.)
(Viendo á D. Pedro aparecer en la primera puerta de la izquierda y diciendo á Juana las dos últimas palabras del verso con rapidez y aparte: ella se retira instintivamente al otro lado del proscenio enjugando sus lágrimas y procurando dominar su emocion, mientras el Doctor se adelanta á recibir al primero, que en todos sus movimientos hará comprender al público la falta de su vista.)

ESCENA III.

JUANA, el DOCTOR, D. PEDRO.

PEDRO. Y qué le pasa al Doctor
que no quiere entrar adentro?

DOCTOR. (Cogiéndole de la mano y viniendo á sentarle en e sillon de baqueta.)
Que me gustan las muchachas
un poco más que los viejos,
y que Juanita es muy bella
y sé aprovechar el tiempo.
Ahí tiene usted lo que pasa.

PEDRO. Hola! conque esas tenemos!
Vaya! pues si ella está acorde
que se haga la boda. (Riendo.)

DOCTOR. (Haciendo señas á Juana para que hable.) Eso...

JUANA. Gracias. (Esforzándose por aparecer alegre.)

PEDRO. Qué es tan mal partido?

DOCTOR. Yo por demasiado bueno

le rechazo. En tierra seca
no crecen árboles nuevos.

PEDRO. Y entónces ¿por qué persigue
el Doctor el fruto ajeno?
¿Dónde estás? (Buscando con la mano á Juana.)

JUANA. (Poniéndose con rapidez á su lado.) Aquí.

PEDRO. (Cogiéndole la mano.) ¿Qué tienes?

JUANA. Yo... (Desasiéndose.)

DOCTOR. (Con rapidez y procurando distraer á D. Pedro.)
Porque quiero á los ménos,
ya que ha de crecer la planta,
ir preparando el terreno.
(Vete.) (Ap. á Juana.)

JUANA. (Ap. al Doctor.) (No diga usted nada
á mi padre: ya hablaremos!)

PEDRO. ¿Te vas? (Á Juana.)

JUANA. Sí, con su permiso,
tengo que hacer allá dentro.
(Se enjuga las lágrimas; se dirige á la ventana, mira por ella á la calle, y se va por la segunda puerta de la izquierda, despues de haber mirado un momento en direccion á la puerta del foro.)

PEDRO. ¿Y Fernando? hoy no ha venido
á comer...

DOCTOR. (Observando á Juana.) Le dejé preso
por unos amigos; iban,
no sé para qué, al Museo;
como el asunto era largo
habrá comido con ellos.

PEDRO. Tiene traza de consulta
esta visita. (Riéndose.)

DOCTOR. (Viendo salir á Juana.) Me siento. (Lo hace.)
(Momento de pausa en la que el Doctor da á entender que ha adoptado una resolucion que le satisface.)

ESCENA II.

EL DOCTOR, D. PEDRO.

DOCTOR. ¿Cómo va esa vista? (Con interés.)

PEDRO. (Con resignacion.) Mal;

veo los bultos de léjos,
pero de cerca, Doctor,
no distingo los objetos.

DOCTOR. ¿Y de noche?

PEDRO. De la luz
me hacen daño los reflejos
y me palpitan las sienes
cuando á mirarla me vuelvo.

DOCTOR. Ese trabajo constante
que durante tanto tiempo
empleó de noche, ha sido
la causa del mal.

PEDRO. Lo creo;
pero aunque yo lo temia
no tenia otro remedio.

DOCTOR. ¿Por qué?

PEDRO. El grabado faltaba;
se pagaba mucho ménos,
y eramos tres; mi hija y yo
casi con nada tenemos
bastante, pero Fernando
me trajo cuidados nuevos.
Él desde la edad mas tierna
queria ganar muy presto
de comer, para aliviarnos,
decia, de nuestro peso.
Pero yo que observé pronto
que podria ser un génio
en las artes, sin descanso
le coloqué en buen terreno.
¡Oh! la educacion artística (Con sencillez.)
es para ricos; maestros,
lienzos, pinturas, viajes,
casa á propósito! y luego
ántes de ganar se pasa
mucho tiempo, mucho tiempo!
Juana me ayudaba un poco
economizando el sueño,
pero yo de dia y noche
trabajaba sin sosiego,
y cuanto más trabajaba
veia y ganaba ménos.

Ya el año pasado, un dia
mis grabados no admitieron: (Sonriendo.)
¡eran tan malos!... vendimos
para comer los cubiertos...

DOCTOR. Prueba de que cuando hay hambre
el cubierto es lo de ménos.

PEDRO. Mi hija llegó á deshacerse
de alhajas, que eran recuerdos
de su madre, sus pendientes,
su cruz; y yo casi ciego
no veia!... ni ese cuadro
que él estaba concluyendo!
por fortuna para todos
salió el cuadro, y ya no ha vuelto.

DOCTOR. Sí; se ha quedado en palacio.

PEDRO. ¡Sin yo haberle visto! Luégo
lloré tanto de alegría
cuando le dieron el premio;
cuando oia en el salon
á la multitud, diciendo:
«¡de Salazar, admirable!
»¡qué dibujo tan correcto!
»¡qué entonacion! ¿quién es ese
»Salazar?» Que de contento
si ántes de pesar, Doctor,
esto no tiene remedio! (Conmovido.)

DOCTOR. Tal vez el descanso...

PEDRO. Es que
yo descanso más que quiero;
¡como no puedo hacer nada!

DOCTOR. Bien, pues no desesperemos.

PEDRO. ¡Ya no! cuanto en este mundo
(Con resignacion.)
ambicionaba, lo tengo.
¡Ya nadie me necesita!

DOCTOR. Aún le falta á usted, don Pedro,
dejar á su hija casada.

PEDRO. ¿Y qué? Si yo ántes me muero,
le faltará con Fernando
nada en el mundo? (Con emocion.)

DOCTOR. Tal creo.

PEDRO. Yo lo sé; hay muy pocos hijos,

pocos hermanos tan buenos!

DOCTOR. Pues... ya es forzoso que él haga
algo por usted. (Aparentando reserva.)

PEDRO. (Con sinceridad.) No entiendo...
¿no es él ya de la familia
el jefe?

DOCTOR. (Con conviccion.) No se lo niego!

PEDRO. Explíquese usted, Doctor.

DOCTOR. Yo opino que serán buenos,
para la vista, los baños
de mar; allí en algun puerto...
con el ejercicio, el campo...
otra atmósfera... otros vientos,
tal vez se alcance un alivio
difícil aquí en extremo.

PEDRO. Usted no me ha dicho nunca... (Sorprendido.)

DOCTOR. Pues hoy á decirlo empiezo.

PEDRO. Usted me ha dicho al contrario,
cuando yo se lo he propuesto,
que eso nada influiria.

DOCTOR. Pues cometí un desacierto.
De consejo muda el sabio, (Sonriendo.)
y yo soy sabio!... por eso...

PEDRO. Bien; pues si Fernando puede
acompañarnos... (Con sencillez.)

DOCTOR. (Con fingida indiferencia.) No veo
la precision: él ya pinta
en Madrid un cuadro nuevo,
y es preciso que aproveche
su juventud! Nada; el viejo
y la niña, á divertirse!...
Él, á trabajar!... Ya es tiempo.
(Levantándose.)

PEDRO. (Pausa.) Tal vez en sus intereses,
Doctor, le perjudiquemos.

DOCTOR. Ah! conque usted fué su padre
para estar por su hijo ciego,
y él no es hijo para darle
cuanto haga falta!... eso es bueno!

PEDRO. (Con dignidad.) No quiero que él se figure
que yo reclamarle intento
nunca, lo que por cariño,

por obligacion, he hecho.

DOCTOR. Cuando usted, sin conocer
á su madre, segun creo,
que murió en una boardilla
de esa casa, á ese muñeco
recogió...

PEDRO. Tenia tres años...
¡pobre niño! (Conmovido.)

DOCTOR. ¿Por qué exceso
de obligacion á su casa
se le trajo?

PEDRO. (Con sencillez.) Yo el sustento
quise darle, y se le dí...
nada hice de más en ello.

DOCTOR. Bien; pues sepa usted que Juana
necesita ese paseo. (Con decision.)

PEDRO. (Con rapidez.) Cómo! ¿está enferma mi hija?

DOCTOR. No señor; pero hace tiempo
que necesita otros aires,
al fin no es de roble el cuerpo;
y ella y usted, y usted y ella
pagan ahora los esfuerzos
del trabajo desmedido
que por su Fernando han hecho.

PEDRO. Doctor, ¿me jura usted que ella
no está mala? (Con gravedad.)

DOCTOR. No es más que eso;
pero dos meses de campo,
de quietud y de sosiego,
pondrán á ustedes mejores
y á mí mucho mas contento.

PEDRO. Bien, entónces... (Con resignacion.)

FERN. (Entrando por el foro.) Buenas tardes!
¿qué hay?

PEDRO. Que echa un sermon el médico.

ESCENA IV.

EL DOCTOR, D. PEDRO, FERNANDO.

FERN. Oh! pues cuando usted regaña
razon tendrá.

DOCTOR. El caso es...
PEDRO. (Procurando hacer callar al Doctor.) Pero...
DOCTOR. Nada de contemplaciones.
Yo mando, exijo y ordeno
que tu padre y que tu hermana
vayan á tomar corriendo
los baños de mar.
FERN. (Sorprendido.) ¿Por qué?
DOCTOR. ¿Por qué? porque yo soy médico
y sé lo que mando.
FERN. (Con gran interés.) ¿Padre
está peor?
DOCTOR. Es que quiero
que se distraigan; ya es justo
que no piensen más que en eso.
FERN. Y no soy yo, padre mio, (Á D. Pedro.)
quien lo está siempre diciendo?
DOCTOR. Sí; tu padre es un pobre hombre;
cree que no tendrás dinero,
y que podrán... esos gastos...
(Fernando mira á D. Pedro, que baja la vista ruborizado.)
PEDRO. Yo...
FERN. (Acercándose.) Señor, que me avergüenzo!
¿qué tengo yo en este mundo,
qué podré tener un tiempo
que mio sea, si es suya
hasta la vida que tengo?
PEDRO. Bien, bien; si yo... (Turbado.)
FERN. (Con sentimiento.) ¿Y es mi padre
el que eso piensa?
PEDRO. (Cada vez más turbado.) No pienso...
¿y á usted, quién le mete?...
(Con rapidez al Doctor.)
DOCTOR. Basta;
ya lo sabes. (Á Fernando.)
FERN. (Dando la mano al Doctor.) Gracias! ¿puedo
preguntar cuándo es la marcha?
DOCTOR. Cuando quieras.
PEDRO. (Á Fernando.) Tú...
FERN. Me quedo;
más tarde iré por ustedes

y juntos nos volveremos.

PEDRO. Bien. (¿Ve usted? es todo un hombre!)
(Ap. al Doctor, que le acompaña hasta la primera puerta de la izquierda.)

DOCTOR. (Si se van, tal vez sea tiempo!)
(Despues de haber dejado á D. Pedro entrar en su habitacion.)

ESCENA V.

El DOCTOR, FERNANDO.

FERN. Y ahora que solos estamos
la verdad quiero saber... (Con entereza.)

DOCTOR. La verdad no suele ser
tan buena como esperamos.

FERN. ¿Mi padre se halla peor? (Con ansiedad.)

DOCTOR. De no ver no ha de pasar!

FERN. ¿Qué es esto entónces?

DOCTOR. Curar
otro ignorado dolor.

FERN. ¿Mi hermana acaso?...

DOCTOR. Tu hermana
y tu padre, están muy bien.

FERN. Entónces...

DOCTOR. Pero tambien
le importa el viaje á Juana.

FERN. Quiere decir que esta ausencia
es prevencion, no remedio.

DOCTOR. Es que yo he encontrado un medio
para aliviar tu conciencia.

FERN. Sea usted franco conmigo:
yo siempre le he respetado,
y vale usted demasiado
para no ser buen amigo.

DOCTOR. (En voz baja y con gravedad, pero sin entonacion dramatica.)
Fernando, tú, sin querer,
ignorando lo que pasa,
vas á traer á esta casa
mucho llanto que verter.

FERN. Por ahorrar á estos dos seres

una lágrima siquiera, (Con fuego.)
toda mi existencia diera,
mis sueños y mis placeres.
En ellos está mi historia
que con Dios me reconcilia;
ellos fueron mi familia
y á ellos les debo gloria!
No es una promesa vana
á mi gratitud debida
la que hago, de dar mi vida
por mi padre y por mi hermana.

DOCTOR. Tú les puedes dar, Fernando,
tu gratitud, tu existencia,
tu cariñosa obediencia,
tu amor, que les estás dando:
pero en tu ser singular
existen, por tu tormento,
tu alma y tu pensamiento
y no se los puedes dar.

FERN. ¿Cómo, si mios no son?
en este recinto estrecho
dentro de mi mismo pecho
se ahoga mi corazon.

DOCTOR. Por eso tú, sin querer,
ignorando lo que pasa,
vas á traer á esta casa
mucho llanto que verter. (Pausa.)

FERN. Fruto del crímen de un hombre
ó del vicio, hijo fecundo,
mi planta estampé en el mundo
sin madre, amparo, ni nombre.
Por caridad recogido
y por lástima educado,
cuanto cariño me han dado
á ese hombre se lo he debido.
Muy natural parecia,
que no conociendo yo
más techo, que el que abrigó
la triste miseria mia,
mi aliento se limitara
á cortas aspiraciones
y todas mis ilusiones

en esta casa encerrara!
Sin embargo, no fué así;
apenas pasó mi infancia
cuando con loca arrogancia
la inspiracion nació en mí!
¡Esa inspiracion ardiente
de arte, llama fecunda
que de lucha eterna inunda
el alma del que la siente!
¡Esa vaga inspiracion
idea de un «*más allá*,»
que solo alcanza quizá
la loca imaginacion!
Yo la miseria notaba
que por mí les envolvia,
y si llorar los veia...
yo sonreia y pintaba!
Y pinté! luché! vencí!
Ese hombre que me amparó
su nombre oscuro me dió...
yo grande se lo volví! (Con entusiasmo.)
No era más que mi deber,
y no olvidaré aquel dia
en que en mis brazos caia
desmayado de placer.
Desde entónces nací al mundo
yo, del mundo abandonado,
y sus goces he aspirado
con un placer sin segundo.
En esos nobles salones
donde la entrada me habrian
negado, y donde hoy porfian
por verme en sus reuniones,
sólo á mi gusto me encuentro...
y á pesar de mi pasado
y de mi nombre ignorado...
aquel, aquel es mi centro!
Aquí la fiebre me abrasa
con que la paz me convida;
los quiero más que á mi vida...
pero me ahoga esta casa! (Con expansion.)

DOCTOR. Y ese es el mal singular, (Cómicamente.)

sin que por hoy lo asegure,
que yo espero que se cure
con unos baños de mar.

FERN. Pero ellos... (Sin comprenderle.)

DOCTOR. (Sonriendo.) Remedio fiel
que admirará á los humanos:
aquí el enfermo, y los sanos
van á curarse por él.

FERN. Doctor... (Con extrañeza.)

DOCTOR. Puede en esa ausencia
ser tal tu crísis, que huyendo
de Madrid, vayas corriendo
á gozar con su presencia.
Qué si en tu vida quizás
hay dias ménos serenos,
si les ves un poco ménos,
los querrás un poco más.

FERN. Yo...

DOCTOR. Tú eres bueno, lo sé;
pero no pintes á Juana
tu gran mundo.

FERN. (Sorprendido.) Qué?...

DOCTOR. Tu hermana
puede no entenderte.

FERN. ¿Y qué?...

DOCTOR. Qué vale...

(En este momento aparece Juana en la puerta segunda de la izquierda, y baja al proscenio. El Doctor está en medio de los dos, continúa hablando con Fernando en voz alta, marcando bastante cuanto dice ántes de irse. Juana le escucha con ansiedad.)

Juana está aquí;
entérala del viaje...
(Va á coger su sombrero al foro.)
Que haga pronto el equipaje...
Léjos!... algo léjos! (Á Fernando al marcharse.)

FERN. (Contestándole maquinalmente.) Sí.

(El Doctor se va por el foro.)

ESCENA VI.

JUANA, FERNANDO.

JUANA. (En el momento que el Doctor sale por el foro, acercándose á Fernando con rapidez y ansiedad, pero procurando dar á sus palabras una indiferente naturalidad, sin que por eso deje el público de conocer su emocion.)
Te vas?
FERN. No.
JUANA. (Ap.) Ah!
FERN. Sois vosotros,
padre y tú.
JUANA. Yo no deseo...
FERN. Un viaje de recreo.
JUANA. ¿Y vienes tú con nosotros?
FERN. Yo me quedo. He de pintar...
JUANA. Pero el médico ha mandado
el viaje?...
FERN. Ha asegurado
que pondrá á padre mejor.
JUANA. ¿Nada más te ha dicho á tí? (Con temor.)
FERN. ¿Quién? (Sin comprenderla.)
JUANA. El Doctor.
FERN. Nada más.
JUANA. ¿Me lo juras?
FERN. (Mirándola fijamente.) Sí. Tú estás
agitada: vamos, dí,
¿qué tienes?
JUANA. (Procurando sonreirse.) Yo?... La sorpresa...
y como nada sabia...
¿Dónde vamos? (Con afectada indiferencia.)
FERN. Todavía
no he pensado. ¿Te interesa
un punto más que otro?
JUANA. No.
FERN. Ha de ser puerto de mar.
JUANA. Donde quieras.
FERN. (Cogiéndola la mano.) Sin cesar
os tendré aquí. (Señalando al corazon.)

JUANA. (Retirando la mano.) Tambien yo.
Y... Vamos, ¿qué vas á hacer?
Descríbeme bien tu vida,
que debe ser aburrida
sin nosotros. (Procurando dominarse.)

FERN. (Distraido.) ¿No ha de ser?
Brígida me cuidará.

JUANA. ¿Y pintarás mucho?

FERN. Oh!

JUANA. Mira que el cuadro sé yo
en el estado en que está.

FERN. ¡Bien!

JUANA. Respondes distraido.

FERN. ¡Qué quieres!... hay dias...

JUANA. (Acercándose.) Dí,
¿tienes confianza en mí?

FERN. ¿Cuándo en tí no la he tenido?

JUANA. Y ¿por qué entónces, Fernando,
á mi acento no respondes,
y una pesadumbre escondes
que te está martirizando?

FERN. Yo, Juana...

JUANA. Tú á los extraños
puedes haberla escondido...
pero á mí!... si yo he vivido
contigo diez y nueve años!
Aunque quisieras quizá
ocultarme tus enojos,
¿qué habrá, Fernando, en tus ojos
que no haya yo visto ya?

FERN. (Con sinceridad.)
Tienes razon, yo no acierto...
por qué como en otros dias,
mis penas, mis alegrías,
á tí no te he descubierto.

JUANA. ¿Te acuerdas cuando el verano,
mientras padre trabajaba,
yo en la ventana bordaba
y tú parabas mi mano...
y «así te he de retratar,»
me decias,—«quieta un rato!» (Gran pausa.)
Dí, Fernando... y mi retrato?

¿cuándo le vas á acabar?

FERN. Pronto. (Respondiendo distraido.)

JUANA. Ves! por mí me olvido
de eso que ibas á contarme.
¿Qué tienes que confesarme?
habla, que yo te lo pido! (Suplicante.)

FERN. ¿Qué es lo que quieres saber?

JUANA. La causa de tu pesar.

FERN. ¿Por qué te la he de contar
si no me has de comprender?
(Juana se sonrie con amargura.)
En tu pácifica vida,
en tu angelical historia,
no guardará tu memoria
ni una página escondida.

JUANA. Quién sabe!... (Con fingida malicía.)

FERN. ¿Por qué ahora yo
te he de dar, niña, las llaves
de mi existencia?—¿Tú sabes
lo que es amar?... dí!...

JUANA. (Con gran esfuerzo.) Yo no!

FERN. (Animándose por grados y conmoviendo á Juana.)
Pues bien; amar es vivir!
confundir en otro ser
las ilusiones de ayer,
la fe de lo porvenir!
dar al objeto adorado
las perfecciones del cielo!
No tener paz ni consuelo
sino con él y á su lado!
Consagrar á su memoria
por contemplarle un momento,
nuestra vida, nuestro aliento,
nuestro nombre, nuestra gloria!
Perder á su vez la calma.

JUANA. Perdóname si concluyo. (Interrumpiéndole.)
¡No tener sin que sea suyo (Con expansion.)
un solo átomo del alma!

FERN. Eso es —El amor así
es un tormento cruel!
Tú no lo comprendes...

JUANA. (Ap. y llena de dolor.) (¡Y él

me lo está contando á mí!)

FERN. Pues bien, así adoro yo! (Con fuego.)

JUANA. Tú!

FERN. Sí.

JUANA. (Ap. con terror.) (¡Dios mio, piedad!)
Y... ¿quién es esa beldad? (Con sonrisa forzada.)

FERN. Tú no la conoces.

JUANA. (Consternada.) ¡No!

FERN. (Mientras dice lo que sigue, Juana le escucha aturdida.)
No.—El amor que yo he sentido
grande, terrible, profundo,
pertenece, Juana, á un mundo
para tí desconocido!
Mundo, donde ella fulgura,
pura, celestial, radiante,
como la luna brillante
entre la bóveda oscura!
Así es mi pasion terrible;
así esa mujer es bella
y elevada, así como á ella
es alcanzarla imposible!

JUANA. ¿No te corresponde? (Con esperanza.)

FERN. Sí:
no hacerlo fuera mejor!

JUANA. Ah! corresponde á tu amor?

FERN. Por mi desgracia!

JUANA. (Sosteniéndose apenas.) (¡Ay de mí!)

FERN. Ya ves si mi pecho ama!...
Rica, noble, aunque quisiera....
yo... ¡ni aun es mio siquiera
el nombre con que me llama!
Ya sabes de mi tormento,
hermana mia, el motivo;
ya comprendes por qué vivo
sin alegría y contento.
(Abstraido completamente en sus ideas y sin advertir la situacion de Juana.)
Tú, Juana, feliz serás
si al que te ame das tu mano;
en cambio tu pobre hermano
no podrá serlo jamás! (Se va por la izquierda.)

ESCENA VII.

JUANA.

En el momento que Fernando desaparece, Juana corre al extremo derecho del proscenio, vacilante y arrodillándose delante del cuadro de la Vírgen dice lo siguiente con acento reconcentrado y rapidez, aunque ahogada casi por los sollozos.

¡Madre de mi alma!
¡Vírgen bendecida!
vuélveme la calma,
quítame la vida,
que yo sin Fernando
no puedo vivir!
De niña, á mi lado
miréle risueño,
mujer he velado
sin tregua, su sueño!
¡Sin él, Madre mia;
yo quiero morir!

ESCENA VIII.

JUANA, D. PEDRO, que entra por la primera puerta de la izquierda, oyendo el último verso de la escena anterior y busca á su hija con la mano, presa de la mayor ansiedad.

PEDRO. ¡Juana! Juana!
JUANA. (Arrojándose en sus brazos, en el momento que le ve y ocultando su cabeza en el pecho de su padre para contener sus gritos.)
¡Padre mio!
PEDRO. ¿Qué es lo que tienes? (Aterrado.)
JUANA. (Con voz ahogada.) Me muero!
PEDRO. Socorro! (Llamando.)
JUANA. (Tapándole la boca.) Calla! no te oiga!
PEDRO. ¿Quién? (Con ira reconcentrada.)
JUANA. El ingrato!
PEDRD. (Sin comprenderla.) ¿Qué es esto?
JUANA. ¡Que Fernando no es mi hermano,

y con el alma le quiero!

PEDRO. ¡Hija! (Sorprendido.)

JUANA. Sí, padre, más bajo!
¡yo he alimentado en mi pecho
esta pasion tantos años;
mi cariño era tan ciego,
mi idolatría tan grande
¡que no pensé ni un momento
en que él no amarme podria!

PEDRO. ¿Esto me guardaba el cielo?
¿de tantos años de lucha
es este, Señor, el premio?
Habla, pero pronto! (Con furor.)

JUANA. Padre...
perdona si en un momento
de extravio, he confesado
lo que oculté tanto tiempo!

PEDRO. Qué más! que te oigo temblando (Con terror.)
y ver tus ojos no puedo!

JUANA. Padre, él no sabe que le amo!

PEDRO. Y nunca debe saberlo! (Con gravedad.)

JUANA. ¡Quiere á otra, me lo ha dicho,
y yo no he podido ménos
de llorar... ¡toda mi vida
que la he pasado queriéndolo!

PEDRO. ¡Dios mio! ¿cómo has quitado
por él, la vista á este viejo,
que hoy recibe la limosna
de aquel que á su hija ha muerto!

JUANA. ¡Padre, es tu hijo! (Con rapidez.)

PEDRO. ¡Mi hijo
y te mata!

JUANA. ¡Y de qué debo
acusarle, si él no sabe,
padre mio, que le quiero!

PEDRO. Llegó el dia de la prueba!
Mañana de aquí saldremos.
Oh! el Doctor ya lo sabia!

JUANA. Y no he de volver á verlo!
yo que cifraba mi dicha...
Él! (Viendo á Fernando, que sale por la izquierda.)

PEDRO. (Ese llanto...) (Ap. á Juana con rapidez.)

JUANA. (Ap. á su padre en voz baja.) Silencio.

ESCENA IX.

JUANA, D. PEDRO, FERNANDO.

PEDRO. (Como continuando una conversacion y dominándose.)
Justo! Que sientes dejar (En voz alta á Juana.)
la casa donde has crecido,
de la que nunca has salido.
Verás qué hermoso es el mar!
JUANA. Llanto más necio!
(Enjugándose los ojos y con risa forzada.)
FERN. (Acercándose á los dos.) No creas;
tambien yo al pensar me aflijo
que vais á marcharos.
PEDRO. (Ocultando su turbacion.) Hijo!
Tú que nuestro bien deseas
comprenderás que es forzoso,
cuando el Doctor asegura
que estriba en eso mi cura.
FERN. Siempre hay algo de horroroso
en una separacion;
y como esta es la primera
entre nosotros, quisiera
retardarla.
PEDRO. No es razon.
Ya ves tú si te queremos,
pero la salud...
FERN. Oh!... sí,
entónces...
PEDRO. Eh! conque así
mañana mismo saldremos.
FERN. Tan pronto! (Sorprendido.)
PEDRO. (Con fingida alegría.) Sí; ya deseo
que otro aire me dé en la cara;
¡treinta años aqui!... ya hay para
ponerse uno ciego y feo.
Iremos á Santander;
toma los billetes hoy...
FERN. Bien, pues ahora mismo voy.
PEDRO. Y... si no te vuelvo á ver... (Conmovido.)

FERN. Padre! (Acercándose á él con emocion.)
PEDRO. (Sonriéndose.) Sí! yo ya soy viejo!
te dejo hecho un hombre!
(Dándole una palmada en el hombro.)
FERN. (Con un arranque expansivo.) Yo
me voy con ustedes.
PEDRO. (Con interés y gravedad.) No;
tienes que pintar.
FERN. (Con ménos insistencia.) Yo dejo...
PEDRO. Eso fuera una locura!
yo con mi hija! (Abrazándola.) Anda, vé!...
FERN. No sé qué noto en usté...
PEDRO. Despedida prematura...
(Enjugándose los ojos con la mano.)
Adios! (Horrible combate!)
FERN. (Ap. á Juana.) (Cuídale tú por los dos!)
JUANA. Eso haré!...
FERN. (Y pídele á Dios
que mi pasion no me mate!)
(Sale por el foro, y Juana, que al escuchar las últimas palabras se ha llevado la mano al corazon para contener sus latidos, prorumpe en un grito de dolor apenas Fernando sale del foro.)

ESCENA X.

JUANA, D. PEDRO.

JUANA. ¡Ay, de mí!
PEDRO. (Cogiéndola la mano.) Juana! valor!
JUANA. Y á mí me pide por ella!
PEDRO. Será más rica ó más bella.
JUANA. Amor mio! pobre amor! (Llorando.)
Aquí en este hogar nacido
entre el trabajo y el llanto...
¿por qué te he guardado tanto
si tan pronto te he perdido?
¡Ay, padre!
(Desmayándose en sus brazos pero abrazada á él.)
PEDRO. Juana! Socorro! (Llamando.)
Juana! Se muere mi hija!
Dios del cielo! (Con la mayor desesperacion.)

ESCENA XI.

JUANA, D. PEDRO, el DOCTOR, por el foro.

DOCTOR. (Corriendo á ellos.) No se aflija
usted, buen viejo! yo corro...
PEDRO. Doctor!... (Tendiéndole la mano.)
DOCTOR. Eh! No hay que temblar!
PEDRO. Es... (Con ansiedad.)
DOCTOR. Sé su dolor profundo.
(Ayudando á D. Pedro á colocar á Juana en el sillon de baqueta que está al lado de la mesa y ap.)
(Pues señor, en este mundo
falta mucho que arreglar!) (Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto primero. Es de noche. Candelabros con velas encendidas: lámparas, etc.

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUÉS, URRUTIA. (El sombrero del primero debe estar en una silla.)

MARQ. Explane usted sus ideas
sin embajes ni rodeos.
URRUTIA. Creo haber dicho bastante,
y usted con su buen talento...
MARQ. Mire usted: á mí no me gusta
poner en prensa el ingenio
para enterarme por grados
de los negocios ajenos.
Dígame usted lo que guste
y no perdamos el tiempo,
porque si usted no se explica
algo más, yo no lo entiendo.
URRUTIA. Sea, pues, como usted quiera:
le decia á usted, que veo
con dolor que su sobrina
no se inclina á un casamiento
ventajoso: que en amores
algo raros y poéticos

pierde sus mejores años,
y que, como es justo, esto
da que hablar de su sobrina,
que no gana nada en ello.

MARQ. Y á mí?... Ella es sola en el mundo,
es libre, tiene dinero...
ella sola es la que pierde
si comete un desacierto.

URRUTIA. Pero si usted es su tio...

MARQ. Y voy á romper por eso
lanzas con sus pretendientes?
allá se las arreglen ellos!

URRUTIA. Señor Marqués!...

MARQ. Señor mio;
cada cual tiene su genio;
yo dejo que todo el mundo
siga á su antojo viviendo,
para que todos me dejen
libre, como yo los dejo.

URRUTIA. Se habla de Clara...

MARQ. Y que se hable...

URRUTIA. Pero usted es el primero
á quien importa el decoro
de la familia. Si un necio
ó un ambicioso pretende
á Clara por su dinero,
¿dejará usted que engañada
caiga en el lazo?

MARQ. Yo creo
que ella sabrá distinguir.

URRUTIA. Su corazon inexperto
hoy se deja alucinar
por un amor romancesco
y mañana será tarde!...

MARQ. Mire usted. Yo no me meto
en lo que á mí no me atañe.
Cuando ví á mi hermano muerto
la traje á casa, y á solas
celebramos un consejo.
«Mira, le dije; eres rica,
»puedes sin ningun esfuerzo
»satisfacer tus caprichos

»y realizar tus deseos.
»El oro es rey de la tierra:
»tus antojos son decretos,
»que en el mundo lo consigue
»todo el que tiene dinero.
»Los hombres son atrevidos
»y malos; guárdate de ellos,
»porque buscarán tu dote
»halagando tus defectos.
»No te me vengas con quejas
»tardías, ni con lamentos
»de si te es traidor Fulano,
»si Mengano te da celos,
»si Zutano es un canalla,
»ó si Perengano es bueno.
»Cuando tú quieras casarte,
»lo dices; arreglaremos
»la boda; con tu marido
»te vas á tu casa; entrego
»tu caudal, que exacto guardo,
»y á vivir y buen provecho.»
Ella me oyó, lloró un poco;
yo que ver llorar no puedo,
me fuí, y de tales asuntos
jamás á hablar hemos vuelto.

URRUTIA. Pues bien; un artista pobre...

MARQ. Como todos...

URRUTIA. Y de mérito,
que yo, áun con mis enemigos
soy justo, viene hace tiempo
á esta casa...

MARQ. ¿Salazar?
Le conozco; es buen sujeto.

URRUTIA. Pues por él, segun parece,
Clara siente más que afecto.

MARQ. Si se quieren; ella es rica...

URRUTIA. ¿Y á usted le parece cuerdo
que entregue su mano á un hombre
de extraccion tan baja?...

MARQ. Eso!

URRUTIA. Ademas, yo solicito
esa honra.

MARQ. Ahora lo entiendo...
URRUTIA. Yo soy rico, mi familia
ilustre, dicen que tengo
buena suerte en los negocios,
que así llaman al acierto,
y aspiro á la blanca mano
de Clara. Con usted debo
contar, que es al fin su tio
y su tutor, y así vengo
á pedírsela, y respuesta
de usted decisiva espero.
MARQ. ¡Es mucho! que no haya modo
de que á uno le dejen quieto!
Si yo no quise casarme
por ahorrarme estos enredos...
URRUTIA. Á quien Dios no le da hijos...
MARQ. Sí: ya del refran me acuerdo...
en fin: qué es lo que usted quiere?
URRUTIA. Que hable usted á Clara de esto;
que se decida; que piense
en su porvenir: yo creo
que una reflexion juiciosa
pondrá á esos amores término,
y todos, hasta usted mismo,
en el cambio ganaremos.
MARQ. Bien: yo la hablaré!... (Como resignándose.)
URRUTIA. Cuanto ántes
es mejor: volveré luégo
y usted me dirá... á qué hora?...
MARQ. Ántes de las diez no puedo;
tengo mi tresillo en casa
del general, y voy...
URRUTIA. Pero
si el asunto es importante
bien puede dejarse el juego. (Sonriéndose.)
MARQ. (Con gravedad.) No; quedaron varias puestas
pendientes y lo primero...
URRUTIA. Esperaré hasta más tarde.
MARQ. Bien! Pues señor, no hay remedio!
¡Si no seria mejor
que allá se arreglaran ellos!...
URRUTIA. Dirán que usted abandona

á su sobrina...

MARQ. Y no es cierto!
Qué le falta? Yo á sus gustos
y á sus caprichos atiendo.
La pago todas sus cuentas
sin preguntar. No me meto
en lo que hace: no tendrá
nunca un marido tan bueno.

URRUTIA. Ella es; delante de mí (Mirando á la izquierda.)
no conviene... yo no quiero
que mi presencia la estorbe:
háblela usted, y hasta luégo.
(Se va por el foro. Sale Clara.)

ESCENA II.

MARQUÉS, CLARA, por la izquierda.

MARQ. (No, pues yo pronto despacho.
El tal Urrutia es un necio
si cree que en este asunto
voy á perder mucho tiempo.)
Me alegro que vengas, niña!

CLARA. Por qué, tio?

MARQ. Tu secreto
conozco: segun parece
hay amores de por medio
con el pintor...

CLARA. (Algo turbada.) Tio...

MARQ. Nada
de discusiones; sospecho
lo que dirás, que el amor
ejerce su duro imperio
en el alma... que es sublime
el arte; que nunca es dueño
el corazon de sí propio...
Etcétera...

CLARA. Tio...

MARQ. Pero
como á mí no me conviene
ni á tí que murmuren de esto,
es forzoso que resuelvas

lo que has de hacer. Mis consejos
de nada te servirian,
como tengas ya tu empeño
formado; conque así, piensa
lo que quieras, y hazlo presto.
Urrutia tambien te ama;
es noble, tiene dinero,
y tu mano me ha pedido:
elige, pues, y acabemos
á tu gusto este negocio!

CLARA. En tan solemne momento,
al tratarse de mi suerte
futura, contar no puedo
con el necesario apoyo
de usted?

MARQ. Oh! sí tal: lo tengo
todo arreglado. La herencia
de tu padre...

CLARA. (Interrumpiéndole.) Si no es eso,
lo que digo. Ya supongo
que usted guarda mi dinero
con lealtad.

MARQ. Pues entónces...

CLARA. Lo único que yo deseo
es su opinion. De una madre
me falta el apoyo tierno
y usted debe darme el suyo...

MARQ. Hija! eso es muy grave. Luégo,
si sale mal una boda,
que es muy fácil, viene aquello
de «pues usted lo ha querido...
»Me dijo usted que era bueno...
»Yo por usted...» Nada! nada!
Yo no influyo ni aconsejo
en planes matrimoniales.
Tú allá... No creas por eso
que de tí me desentienda;
que te haré un regalo régio!
Ví en Paris un tocador
de plata!... conque...

CLARA. Un momento!

MARQ. Mira que es tarde, y me espera

mi tresillo.

CLARA. Si yo entrego
al pintor mi mano...

MARQ. Todos
dirán que es un desacierto...
¡Justo! Un hombre sin fortuna
y de plebeyo abolengo...
Nadie sabe ni siquiera
de quién es hijo... pero ello,
sarna con gusto no pica!...
Si tú le quieres...

CLARA. Le quiero,
francamente...

MARQ. Pues entónces
que se explique... Os casaremos,
y sea lo que Dios quiera!

CLARA. Pero... ¿y si fuera un pretexto
su pasion, para alcanzar
mi fortuna?

MARQ. Si no es cierto,
es lo probable. Los hombres
hoy estan sólo por esto...
(Señalando el dinero.)
Pero ahí está Urrutia... Ese
es rico.

CLARA. Y si á ese prefiero,
¿no pedirá el otro cuentas
de promesas que le he hecho?

MARQ. Sí... pues tú lo arreglarás.
Decídete y hasta luégo.
Esta noche es necesario
salir del paso.

CLARA. (Con amargura.) Ya veo
que estoy en el mundo sola.

MARQ. No es culpa mia. Si el cielo
se llevó á tus padres, yo...
Ya sabes que estoy dispuesto
á todo.—Si el tocador
te parece poco, tengo
tambien en los Saboyanos
separado un aderezo
admirable!... Seis estrellas

en la diadema...
(Saca el reloj y mira la hora con impaciencia.)
Al fin pierdo
por tí más de un cuarto de hora;
yo digo que no me meto
en nada y despues... yo mismo
me engolfo!... Adios!—Vendrá luégo
la Baronesa.—Consulta
con ella... (¡Si es mucho cuento!
aunque uno quiera eximirse
de estos cuidados!... no hay medio!)
(Se va por el foro.)

ESCENA III.

CLARA.

¡Todo inútil!... ¡En su alma
ninguna voz halla eco
más que la suya! Es en balde
querer traerle á un terreno
de expansiva confianza
ó de cariñoso afecto.
¡Oh! y tiene razon! Es fuerza (Reflexionando.)
que yo misma ponga término
á la cruel alternativa
en que el destino me ha envuelto!
Mi suerte va á decidirse:
si es leal, si es verdadero
de Salazar el cariño,
por qué no premiarle? El mérito
crea envidiosos y todos
tacharán de absurdo y necio
mi matrimonio.—¿Quién sabe
si yo misma con el tiempo
podré arrepentirme acaso
de mi eleccion?... ¡Lo que siento
por él, será admiracion
más que cariño!... Y si dejo
sus esperanzas fallidas
y á Urrutia elijo por dueño,
no podrá un dia pesarme?...

¡Habla, corazon! No luégo
me pidas estrecha cuenta
cuando no tenga remedio.
(Salazar aparece por el foro.)
¡Él! le envia Dios!... Ya todo
de esta entrevista lo espero.

ESCENA IV.

CLARA, FERNANDO.

FERN. Sola!... (Con alegría y extrañeza.)
CLARA. Sí; de tarde en tarde
nos sucede...
FERN. Al cielo, Clara,
se lo pedí!... Me depara
tal dicha... y estoy cobarde!
CLARA. Por qué?
FERN. El corazon se hastía
en la eterna indiferencia
de la social conveniencia,
tan ceremoniosa y fria.
Anhela el sol con empeño
romper la neblina oscura,
y el amor tambien procura
reinar como único dueño.
Si al ir de la dicha en pos
dos almas, saben amar,
siempre se quieren hablar
sin más testigo que Dios!
CLARA. Él mismo sin duda alguna
se anticipa á tu deseo!
FERN. Deja, pues sola te veo, (Con pasion.)
que bendiga mi fortuna!
CLARA. ¿Tanto me quieres, Fernando?
FERN. Qué es tanto? Te quiero más (Con fuego.)
que tú has soñado jamás!
CLARA. Yo pido mucho soñando!... (Con gracia.)
FERN. Pide en buen hora un amor
(Con entusiasmo creciente.)
eterno é inextinguible,
y una firmeza imposible,

y una adoracion mayor.
Pide cuanto encierra el mundo
de amor, en el desvarío,
y verás que áun es el mio
más inmenso y más profundo!
Amor en las horas crueles
germina del desaliento;
amor en mi pensamiento
se trasmite á mis pinceles.
Amor en la santa idea
que se desarrolla y crece,
en mi mano que obedece
y en mi inspiracion que crea!
En la incierta y vaga tinta
del lienzo, que nadie nota,
para mí rápida brota
tu imágen clara y distinta...
Nadie al verme se da cuenta
de mi vista extraviada,
y es que está allí tu mirada
que me sonrie y me alienta.
Sólo á tí mi vista abarca,
dándote culto constante
como á Beatriz el Dante,
y como á Laura el Petrarca!...
Y te adoro de tal suerte,
que sólo entiendo que existo...
por el bien de haberte visto,
ó la esperanza de verte.

CLARA. Oh! Fernando!... si es verdad
que tanto puede valer
el amor de esta mujer
para tu celebridad!
Si no puedes engañarte
en tu constancia, que espero,
yo al mundo robar no quiero
obras maestras del arte!
Quien se siente amada así,
hace muy poco en ceder...
Me adoras... y soy mujer!...
Tuya soy... dispon de mí!

FERN. Qué!... *(Sorprendido.)*

CLARA. No de tu amor en vano
he escuchado la pintura.
¿En mí cifras tu ventura?...
yo te la doy con mi mano! (Tendiéndosela.)
FERN. Clara!... (Aturdido.)
CLARA. Sí; no hagas que un dia
lamente haberte creido,
y tu pasion haya sido
un rapto de poesía!...
(Movimiento de Fernando.)
Te creo!
FERN. (¡Suerte infeliz!)
CLARA. Mi porvenir te abandono...
FERN. Oh!
CLARA. Yo tambien ambiciono
amar para ser feliz!
FERN. Clara!... jamás en mi mente (Conmovido.)
se fijó idea tan grata,
y hoy la realidad me mata.
Oye lo que mi alma siente.
Soy pobre... y una corona
de laurel sólo poseo...
el mundo, vicio tan feo
muy pocas veces perdona.
¿Qué puede pensar de mí
si le presento una esposa
tan noble y tan poderosa
que no te avergüence á tí?
¿Quién me dice que algun dia
no cruzará por tu mente
una sospecha candente
que mate tu fe y la mia?
Clara!... es ántes mi deber
que mi amor y mi existencia...
Te habla mi propia conciencia...
Clara!... ¿qué vamos á hacer?
CLARA. Si así pensabas, Fernando,
por qué me has seguido viendo?
FERN. Lo sé yo acaso? Temiendo
viví, lo que está pasando.
Si no le plugo al destino
darme mayor gerarquía...

¿por qué dispuso que un dia
cruzaras por mi camino?

CLARA. ¡Si fueras rico y yo pobre
qué harias?...

FERN. (Con rapidez.) Siempre adorarte
y mia hoy mismo llamarte...

CLARA. Aunque el oro no te sobre,
puede tu pincel un dia
una fortuna obtener...

FERN. Eso nunca podrá ser
en la pobre patria mia!

CLARA. Y vale acaso en verdad
tanto el dinero, Fernando,
que le estemos comparando
con nuestra felicidad?

FERN. Ah! no me hables de ese modo,
que te adoro con locura,
y por lograr tal ventura
puede que lo olvide todo!

CLARA. Vamos: hablemos con calma,
pues tu fé males predice,
del negocio... así se dice!...
Ya está arreglado el del alma...
Tú me quieres... y yo á tí...

FERN. Bendita seas! (Mirándola embebecido.)

CLARA. Muy bien!
Vamos á arreglar tambien
ahora el de mis bienes.—¿Sí?...

FERN. Qué hermosa eres! (Sin oirla.)

CLARA. Supongamos
que yo guardo mi fortuna...

BAR. (Desde el foro y en voz alta.)
Ya te buscaba!

CLARA. (Levantándose contrariada.) (¡Importuna!)
Aquí estoy!—(En qué quedamos?)
(Ap. á Fernando con rapidez.)

FERN. (Clara, es que hay otra razon...
mi nombre...)

CLARA. (Á todo me allano!
Pide á mi tio mi mano!)

FERN. (Calla! calla! corazon!)
(Mientras estos rápidos apartes, la Baronesa se ha-

estado quitando el sombrero en nna de las consola y baja al proscenio observándolos.)

ESCENA V.

CLARA, FERNANDO, la BARONESA.

BAR. Muy buenas noches!...
FERN. (Saludando.) Señora!...
BAR. (¡Siempre el pintor!...) Salazar!...
¿Cuánto celebro encontrar
á usted!... Soy contigo ahora. (Á Clara.)
FERN. Si útil puedo serla en algo...
BAR. Un favor me puede hacer...
FERN. Usted puede disponer
de lo poco que yo valgo!
BAR. Como esta se va á casar... (Con intencion.)
CLARA. Oh! de aquí á allá... (Con rapidez.)
BAR. Para entónces...
He comprado hoy unos bronces
que la quiero regalar.
Como son objetos de arte
y yo no entiendo... quisiera
que usted los viera...
FERN. ¿Nada más!
BAR. (Á Clara con intencion.) Voy á privarte
de tan grata compañía...
CLARA. Ahora?... (Sorprendida.)
BAR. Cuanto ántes mejor!
están en tu tocador...
CLARA. Pues voy...
BAR. (Deteniéndola.) Tú no todavía...
Hasta que hayan recibido
el *exequatur* fiscal...
FERN. No habrá usté elegido mal!...
BAR. Supon tú que no han venido...
Vamos!... (Á Fernando.)
FERN. Con mucho placer!...
CLARA. (¿Qué será esto?) (El Doctor aparece por el foro.)
BAR. Hola!... el Doctor!...
(Hay que curarte ese amor!) (Ap. á Clara.)

CLARA. (Pero tia...)
BAR. (Es mi deber.)
DOCTOR. (Desde la puerta viendo que hablan en secreto.)
Si estorbo...
BAR. Usted estorbar?
venimos al punto...
CLARA. (Queriendo ir con ella.) Pero...
BAR. (Deteniéndola y señalando al Doctor. Ella se sienta preocupada.)
Allí tienes un caballero
que te puede acompañar.
(Se van la Baronesa y Fernando por la izquierda.)

ESCENA VI.

CLARA, el DOCTOR.

CLARA. (Con afectada tranquilidad.)
Usted que nunca ha querido (Sentándose.)
honrarnos de noche, el ocio
viene á matar...
DOCTOR. Un negocio...
¿y el Marqués?
CLARA. Aún no ha venido.
DOCTOR. Creí oir esta mañana
que usted hablarme queria...
CLARA. Cierto!
DOCTOR. Á escucharla venia.
CLARA. De veras?... (Con incredulidad.)
DOCTOR. De buena gana.
(Clara se sonrie.)
¿Duda usted de lo que digo?
CLARA. Sí tal!
DOCTOR. Y por qué razon?
CLARA. Me ha dicho mi corazon
siempre, que usted no es mi amigo!
DOCTOR. Y tiene razon sobrada...
CLARA. Ah! (Con ironía.)
DOCTOR. No es injusto rigor.
Puede nacer el amor,
y nacede una mirada.
Vive en el alma encendido

bajo apariencia glacial,
como guarda el pedernal
oculto fuego escondido:
y un golpe casual cualquiera
trueca de un modo increible
aquella chispa invisible
en devastadora hoguera.
La amistad ya no es lo mismo,
nace con la simpatía
y huye cuando encuentra un dia
inconstancia ó egoismo.
Ménos necia que el amor
no es esclava como él,
de un pérfido ó de un infiel,
de una infame ó de un traidor.
Así, pues, hermosa Clara,
perdone usted si la digo
que si yo no soy su amigo,
lo cual en mucho me honrara...

CLARA. (Interrumpiéndole.)
Es que entre hombres y mujeres...
la amistad es más tardía...

DOCTOR. Es porque no hay simpatía
en nuestros dos caractéres.
Y en balde es querer buscarnos...

CLARA. Permita usted que no entienda...

DOCTOR. Yendo por distinta senda
no podemos encontrarnos. (Pausa.)

CLARA. Su franqueza no le exime,
creo yo, de responder.
¿Cómo ha de ser la mujer
para que usted más la estime?

DOCTOR. La mujer que en nuestro amor
tributo perpétuo cobra,
por ser la postrera obra
sublime del Criador:
de fe manantial fecundo
al darnos su vida y nombre;
lazo que une á Dios y al hombre
por el desierto del mundo:
que su mision satisface
dejando cuando Dios quiere,

tras la edad que en ella muere
la generacion que nace,
tener debe, si á la palma
aspira de su mision,
ternura en el corazon
y sentimiento en el alma.
Rica ó pobre en nacimiento,
ya feliz ó desgraciada,
para sentir fué creada
de Dios al supremo aliento:
sólo del amor en pos
con su deber ha cumplido;
¡para amar sólo ha nacido
la que amó al Hijo de Dios! (Pausa.)

CLARA. Pero... ¿y quién le ha dicho á usté
que yo no puedo sentir?

DOCTOR. Se deja usted persuadir
por su amor propio... Sí á fe!
En esta vida agitada
y del gran mundo entre el ruido,
se vive tan distraido
que no hay tiempo para nada!...
No se está aislado jamás...
falta el dia á lo mejor...
y por lo tanto el amor
es otra ocupacion más.
La vida de la mujer
la forman los sentimientos...
y usted siente... en los momentos
en que no tiene que hacer!

CLARA. Severo está usted conmigo!
y así para castigarle
necesito interrogarle... .

DOCTOR. Á mí?

CLARA. Acerca de... un amigo.

DOCTOR. Diga usted.

CLARA. ¿Es Salazar
tan leal como parece?

DOCTOR. Mucho Salazar merece
que usted no le puede dar.

CLARA. Bien... supongamos que sí...
usted cree que pintando...

puede hacer fortuna?...
DOCTOR. ¿Cuándo?
CLARA. Con el tiempo...
DOCTOR. Dónde?
CLARA. Aquí.
DOCTOR. En España... Eso es muy grave.
CLARA. Con talento no se explica...
por qué no...
DOCTOR. Si se dedica
á... *fotógrafo*... ¿quién sabe?...
Pero así... pintor de historia,
del arte sublime, esclavo...
llegar puede al fin y al cabo
á morir lleno de gloria...
Aun venciendo á sus rivales
y si contra él no hay amaños,
puede ganar en dos años...
de veinte á treinta mil reales!...
CLARA. Poco es!...
DOCTOR. Con lo necesario
se vive bien, y me fundo!...
CLARA. Es tan poco!...
DOCTOR. Todo el mundo
no puede ser millonario.
CLARA. Es honrado?...
DOCTOR. Y es leal!...
CLARA. El interés no le ciega?...
DOCTOR. Á sus pasiones se entrega
sin cálculo, y hace mal.
CLARA. Y su familia... Doctor...
es buena... fina... aunque pobre?...
DOCTOR. No hay virtud que no le sobre!
Es el cielo!...
CLARA. (Sin comprender.) Qué?...
DOCTOR. En rigor
nadie la puede tener
que dé ménos que pensar.
¿Para qué se ha de ocultar
lo que al fin se ha de saber? ..
CLARA. Pero... sus padres ..
DOCTOR. Señora ..
nunca los ha conocido.

CLARA. Ah! (Levantándose.)
DOCTOR. De niño recogido
por quien es su padre ahora,
lleva el nombre honrado y santo
del que al curar su indigencia,
ciego arrastra la existencia
sumido en perpétuo llanto.
CLARA. Pero entónces... Salazar
ni nombre tiene siquiera...
DOCTOR. Es verdad!...
CLARA. (Locura fuera!...
qué dirian!...) Y arreglar
no se puede esa omision?...
DOCTOR. No, cuando un padre se omite
(Interrumpiéndola con rapidez.)
á sí propio, no permite
el mundo sustitucion...
CLARA. ¡Y ese hombre premiado ha sido
y célebre en un momento!...
DOCTOR. La reina premió el talento,
no preguntó el apellido.
CLARA. ¡Yo misma oidos le dí
por desdicha de los dos!
Es mucho!... ¿por qué da Dios
talento á gentes así?
DOCTOR. Apóstrofe singular
que respuesta necesita...
Ya que todo se lo quita
algo les tiene que dar.
CLARA. Basta de insensato sueño.
Cada cual siga el camino
que le marca su destino:
¡nadie es de su suerte dueño!
DOCTOR. Ciertamente; él no debió
á un imposible aspirar...
CLARA. Usted sabe?...
DOCTOR. Y sin lograr
lo posible se quedó!
Y así al empezar á hablarnos
dije, «aunque usted no me entienda,
yendo por distinta senda
no podemos encontrarnos.»

(El Marqués y Urrutia entran por el foro.)

ESCENA VII.

CLARA, el DOCTOR, el MARQUÉS, URRUTIA.

MARQ. Oh! por aquí mi Galeno! (Viendo al Doctor.)
DOCTOR. Y usted tan pronto de vuelta!...
MARQ. Se han empeñado; á pesar
de mis costumbres perpétuas,
dejar me hacen el tresillo...
DOCTOR. Terrible será por fuerza
la causa... usted levantarse
(Urrutia está saludando á Clara.)
de una silla, cuando en ella
se encuentra bien...
MARQ. Y por otro!...
DOCTOR. Claro!... si por usted fuera...
(Urrutia se separa de Clara.)
MARQ. En fin; gracias que estas cosas
no se repiten!... Me alegra (Á Clara.)
verte amable con Urrutia...
(El Doctor y Urrutia hablan aparte.)
Pensaste ya...
CLARA. (Con resolucion.) Sí; la befa
no quiero oir de mi clase;
no han hablado con franqueza,
y aspiraban mi dote
sin duda...
MARQ. Natural era:
todos te querrán por eso!...
CLARA. Gracias, tio! (Con ironía.)
MARQ. Tú eres bella,
pero eso es para los pobres
que nada valen y cuestan!...
Las ricas son segun tienen,
bonitas con cien talegas,
hermosas con ciento y tantas
y divinas con doscientas.
Conque despáchate pronto,
y tu porvenir arregla...
que quiero ántes de acostarme
leer la *Correspondencia*!

CLARA. De Urrutia soy!...
MARQ. Bien pensado...
(Va á hablar á Urrutia, Clara le detiene.)
CLARA. No le diga usted...
MARQ. Si espera
y estamos solos...
(La Baronesa y Fernando aparecen en la puerta de la izquierda.)
CLARA. (Señalándoles.) (No solos!)
FERN. (¡Bien!) (Á la Baronesa, que le habla.)
(Y aún me mira la pérfida!)

ESCENA VIII.

CLARA, BARONESA, el DOCTOR, FERNANDO, MARQUÉS, URRUTIA.

MARQ. Ah! que estabas por adentro
con Salazar.
(Á la Baronesa, pasando á la izquierda del proscenio y sentándose; Urrutia pasa por detrás de todos los personajes y se coloca á la derecha del Marqués, hablándole.)
FERN. (Alvarado!)
(Ap. con desesperacion al Doctor, que está en el extremo derecho del proscenio. Pasa por delante de Clara y se queda á la izquierda del Doctor. La Baronesa se coloca á la izquierda de Clara, que ocupa el centro de la escena.)
DOCTOR. (¿Qué tienes?))(Con interés á Fernando.)
FERN. (Me han engañado!)
DOCTOR. (Desencajado te encuentro!...)
FERN. (Han matado una esperanza
que más que su alma valia!)
DOCTOR. (¡Vámonos!)
FERN. (No todavía!
yo no me voy sin venganza!)
BAR. (Yo ya le he dado á entender (Ap. á Clara.)
que deje de perseguirte...)
CLARA. (Bien hecho!) (Con agitacion.)
BAR. (Si á arrepentirte
llegas...)
CLARA. (No hay que temer!)

URRUTIA. (Será verdad?) (Ap. al Marqués.)
MARQ. (No dejarla!...
cuanto ántes!..)
FERN. (No me mira!
(Mirando á Clara.)
La infame calla y suspira!...
me da intencion de matarla!)
DOCTOR. (¡Dios me oyó!... Forzoso era!...)
FERN. (Se acerca á Clara conmovido y la habla aparte con enérgica dignidad.)
(Cuando de tu amor me hablabas
esta noche... me engañabas...)
CLARA. (Que puede advertir cualquiera!...)
FERN. (Pide mi mano dijiste...)
CLARA. (Yo ignoraba...)
FERN. (Así has hablado...)
CLARA. (Pues... de opinion he cambiado!...)
FERN. (Infame!... por qué mentiste?...
¿por qué emponzoñaste artera
mi fe... mi vida... mi calma?...)
CLARA. (¡Silencio!...)
FERN. (¡Mujer sin alma!...)
CLARA. (Salazar... si álguien le oyera!...)
FERN. (¡Ay de mí!...)
(Pasando por detrás del Doctor, que los ha observado, y sentándose al extremo de la derecha del proscenio, consternado.)
DOCTOR. Conque Marqués, (En voz alta.)
se accedió á mi peticion...
MARQ. Me falta la informacion
de Salazar!...
FERN. (Al oir su nombre sale de su abatimiento.)
Qué?... cuál es?...
MARQ. Demuestra empeño Alvarado
en que el jurado virtuoso
dé un premio á un viejo achacoso,
que hasta ciego se ha quedado,
por socorrer y educar
á un huérfano desvalido!...
FERN. Sí?... (Mirando al Doctor.)
MARQ. Yo informes le he pedido;
y él me ha dicho: «Salazar

le informará á usted mejor,
él á menudo le ve...
y lo sabe todo...» ¿Usté
le conoce?...

FERN. Si señor!...

MARQ. Y... ¿es su accion tan meritoria?
que así merece premiarle?
No es que yo quiera quitarle
ninguna parte de gloria,
pero recoger á un chico...
hay gentes sin corazon,
que lo hacen por distraccion...
es virtud que no me explico...

FERN. Lo creo; y esta señora (Por Clara.)
pensará de igual manera!...

CLARA. Yo!... (Turbada.)

DOCTOR. Si eso lo hace cualquiera...
oigan ustedes ahora!...
Un padre... muy natural,
perdió á una mujer un dia,
y la dejó en la agonia,
sola, pobre y criminal.
El fruto de aquel amor,
si es amor el que deshonra,
vino á la tierra sin honra
y sin nombre protector;
y presa de un mal profundo
murió su madre llorando,
al pobre niño dejando
sólo y sin padre en el mundo.
Su destino hubiera sido
ir á ese horrible lugar
adonde van á parar
los que como él han nacido;
donde hay madres alquiladas
que por ellos no suspiran,
y donde á sus hijos tiran
las fieras civilizadas!!...
Un hombre sin más fortuna
que el trabajo y el cariño,
recogió llorando al niño
y le dió sustento y cuna!

Una hija le dió Dios
y así decia y cantaba...
si por una trabajaba
trabajaré para dos!...
Y mientras ellos creciendo
le miraban siempre ufano,
de trabajar el anciano
iba la vista perdiendo.
Por verlos hombre y mujer
sus ojos se aniquilaron...
y cuando á serlo llegaron
él ya no los pudo ver...
Esta accion sin heroismo
es tan prosáica y sencilla...
que en la coronada Villa
todos hacemos lo mismo!...

MARQ. No; la cosa es diferente!...

CLARA. Contada de esa manera...

DOCTOR. Falta aún saber quién era,
como usted dice... «esa gente.» (Á Clara.)

FERN. Cierto!... y me toca eso á mí;
ese hombre que no ambiciona
más premio ni más corona
que el altar que tiene aquí.
(Señalando á su corazon.)
Ese hombre que si esto oyera
tal vez se avergonzaría,
porque cree todavía
que hizo lo que hace cualquiera,
es mi padre!... (Con dignidad y orgullo.)

MARQ. Qué?...

CLARA. Su padre...

FERN. No el que me dió el ser que tengo,
(Con ironía.)
sino el nombre conque vengo
la deshonra de mi madre!
¡Ciego por mí se quedó
sin una frase de hiel!...
Aquel mártir era él...
y aquel huérfano... soy yo!... (Casi sollozando.)

DOCTOR. Muy bien!... yo acabaré el cuento...
porque tus ojos se empañan,

y estos señores extrañan
sin duda tu sentimiento!...
(Dándole la mano, secándole los ojos y con rapidez conmovido.)

URRUTIA. (Adelantándose á Salazar.)
Oh! no tal, y desde ahora
quiero que usted, Salazar,
pues que me voy á casar
con Clara, á quien mi alma adora,
haga para mis salones
todos los cuadros que quiera...
(Movimiento de Clara y mirada de desprecio y sarcasmo de Fernando,)

MARQ. Yo mi retrato quisiera...
con las condecoraciones...

FERN. Gracias, señores: viví
modestamente hasta hoy,
y á romper mis lienzos voy
por quien desdichado fuí...
¡Doy á usted la enhorabuena (Á Clara.)
por su enlace inesperado...
y á usted por haberme dado (Á Urrutia.)
una magnífica escena
que será el cuadro postrero
que pienso hacer en mi vida,
como eterna despedida
al arte ¡para quien muero!

URRUTIA. Si usted le pinta al instante
hay compradores seguros...

MARQ. Yo le doy cuatro mil duros...
y más... si eso no es bastante!...

FERN. (Cogiendo del brazo á Alvarado.)
Alvarado!... ¿no es verdad
que es de pintar ocasion,
la mujer sin corazon
que hay por nuestra sociedad...
(En el colmo del sarcasmo.)
que por un millon ó un nombre
es de aquel por quien no siente,
y juega inocentemente
(Señalando á Clara.)
con el corazon de otro hombre...

la que escudada á traicion
con el nombre de mujer
sume la vida de un ser
en la desesperacion.
Y... sin saber cómo ha sido,
mintiendo amorosos lazos,
tira un alma hecha pedazos
en el rincon del olvido!...
Y ese siervo del Dios oro
(Señalando al Marqués.)
esclavo del egoismo,
que cifra sólo en sí mismo
su ventura y su tesoro...
Ese ser sin corazon,
frio... indiferente y mudo...
sin más vida que el escudo...
y la onza... y el millon!...
¿no es una linda pareja
que puede dejar memoria
esa positiva escoria
que á nuestro siglo refleja?
Dejad que los copie fiel,
y yo juro por quien soy,
que á ser más célebre voy
que Murillo y Rafael!...

DOCTOR. Ven, Fernando!...

MARQ. Creo ver
que usted á mí se dirige...

FERN. ¡Si usted más claro lo exige
mire usted á esa mujer!
(Señalando á Clara, que está consternada.)

URRUTIA. Cómo? (Acercándose amenazador.)

CLARA. Oh!
(Desmayándose. Todos ménos el Doctor y Fernando se acercan.)

BAR. Se ha desmayado!...

FERN. Vamos!...

MARQ. Doctor!... Oh! qué apuros...

DOCTOR. (Yéndose.) Dela usted cuatro mil duros
y ese es asunto acabado!...

FERN. Muerto voy!...

DOCTOR. Tú eres primero!

MARQ. Doctor!... (Suplicante.)
DOCTOR. Dela usted unas friegas
con diez ó doce talegas...
nada!... dinero!... dinero!...
(Ántes de salir el Doctor y Fernando cae el telon.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

La misma decoracion del acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

JUANA, D. PEDRO. La primera de pie cerca de la puerta de la derecha: el segundo sentado á la izquierda.

JUANA. (Escuchando.) ¡Nada aún!... Todo en silencio!
¡qué larga ha sido la noche!
Sus frases entrecortadas,
su agitacion... Si conoce
el tormento de querer
á quien no le corresponde...
pobre de él!

PEDRO. Juana... ¿qué haces?...

JUANA. Ya son cerca de las doce
y Fernando todavía
no ha salido...

PEDRO. Vino anoche
más pronto que de costumbre!

JUANA. Por eso me extraña... (Acercándose á él.)

PEDRO. (Atrayéndola á su lado.) Oye.
Me has prometido, hija mia,
ocultar en tus acciones
y palabras, el secreto
que tu corazon esconde!

JUANA. No tenga usted miedo, padre!
Nunca lo sabrá!...
PEDRO. Los goces
del viaje; la costumbre
de la ausencia, harán que cobres
tu calma perdida, y puede
que olvidarle un dia logres.
JUANA. Eso no!... Yo he prometido
ser á su mandato dócil;
pero ni puedo olvidarle...
ni quiero tampoco... Lloren
mis ojos haberle amado;
sangre por mi herida brote
de mis ignorados celos
al irresistible choque.
Yo lloraré noche y dia,
pero de dia y de noche
pediré á Dios que la dicha
de su corazon le otorgue;
que la mujer á quien ama
corresponda á sus amores,
que sean ambos felices
y mi amarga vida acorte.
PEDRO. Hija mia al fin! Sí, Juana;
vivan las almas innobles
á la venganza pidiendo
soplos acariciadores.
Pero el corazon cristiano
sufre los contrarios golpes...
¡mayor es la recompensa
cuanto las penas mayores!
¡Por él cegaron mis ojos,
murieron tus ilusiones,
y ciegos de cuerpo y alma
ambos huimos...
JUANA. (Con amargura.) ¿Adónde?
PEDRO. Sábelo Dios!... Á evitarle
si un dia tu amor conoce,
del triste remordimiento
los amargos sinsabores!
JUANA. (Con ternura.) Y... si fuera desgraciado?
PEDRO. (Con rapidez.) Volveriamos entónces!

JUANA. Gracias, padre, eso queria!
PEDRO. Cuenta con ello.
(Se abre la puerta de la derecha.)
JUANA. (Mirando á la derecha.) (Él nos oye!)
(Á D. Pedro.)

ESCENA II.

JUANA, D. PEDRO, FERNANDO.

PEDRO. ¡Buena hora de despertarse,
señor artista!... (En broma.)
FERN. La noche
pasé en vela... Padre mio.
(Acercándose á D. Pedro.)
Adios, Juana!...
JUANA. Tus facciones
están alteradas...
FERN. (Disimulando.) Puede...
el insomnio!...
JUANA. Se conoce
que no estás bueno!...
FERN. Hace dias
que me siento mal.
PEDRO. Entónces
consulta á Alvarado!...
FERN. Creo
que la vida de la córte
no me prueba, y pues vosotros
os marchabais esta noche
los tres nos iremos juntos...
JUANA. Ah! (Sin reprimir un movimiento de alegría.)
PEDRO. (Juana!) ¡Esas aprensiones
deja: te esperan tus cuadros;
del arte eres sacerdote
y darle culto es preciso
si ilustrar quieres tu nombre!
FERN. Mi nombre!... el de usted. (Con amargura.)
PEDRO. ¿Te pesa
que sea el mismo?
FERN. Conoce
usted mi alma, é injusto

es hoy conmigo!

PEDRO. ¡No tomes
por injusticia una queja
cariñosa!...

FERN. No hay rencores
en mi corazon, ni puede
nunca ofenderme quien me oye.
De vosotros separarme
no quiero, que hay situaciones
en que tras la soledad
hasta el suicidio se esconde!...

JUANA. Oh! (Aterrada.)

PEDRO. (Seco y grave.) Qué dices?

FERN. Nada, padre.
Que como en dias mejores,
de ustedes busco el amparo
y temo que me abandonen.

JUANA. Vienes con nosotros!... (Con decision.)

PEDRO. Juana,
déjanos!... negocios de hombres
vamos á tratar...

JUANA. (Haciendo ademan de apartarse.) Yo no oigo!...

PEDRO. Vete!

JUANA. (¡Es desgraciado!)
(Acercándose á D. Pedro y hablándole aparte con emocion. D. Pedro la hace una señal para que se retire. Ella baja la cabeza y obedece.)

ESCENA III.

D. PEDRO, FERNANDO.

PEDRO. Soy como siempre tu padre:
tus penas, tus sinsabores,
no son tuyos solamente,
sino nuestros; vamos, rompe
tu silencio, y en mis brazos
tu nublada frente esconde:
aún hay amor en mi pecho
para endulzar tus dolores!

FERN. ¡Soy el ser más desgraciado

de la tierra!... (Con expansion.)

PEDRO. ¡Siempre el hombre
se figura que sus penas
son las únicas enormes!

FERN. Han despertado mi alma
á locas aspiraciones,
vagar han hecho á mi mente
por inmensos horizontes,
y con astucia increible,
con femeniles resortes,
han encendido en mi pecho
el volcan de las pasiones,
y cuando estaban seguros
de su infame triunfo, entónces
han arrojado mi alma
al rincon de los dolores,
como se arroja un juguete
que entre las manos se rompe.

PEDRO. Siempre el primer desengaño
honda mella hace en el hombre:
deja que los que le siguen
su huella terrible borren.

FERN. Yo no debí olvidar nunca
que artista, huérfano y pobre,
sólo el arte me tendia
sus brazos embriagadores.
Hoy lo sé por mi desgracia.
¡Dios quiera que cuando torne
su amor á pedir de nuevo
esquivo no me abandone.
Mientras, padre, es necesario
que huya de aquí: que recobre
mi calma perdida, en otros
ménos incentivos goces;
que en la existencia prosáica
de la verdad mi alma embote,
y cifre sólo en vosotros
mis queridas afecciones.

PEDRO. Fernando, nosotros vamos
por otro camino. Pobres
enfermos, buscamos sólo
salud; pero tus dolores,

más que quietud, necesitan
agitacion y emociones.
Ve más léjos: Paris, Roma
te abre sus puertas; recorre
su agitado torbellino,
su fascinador desórden:
y cuando cansada el alma
su perdida fe recobre,
en una aldea escondida
entre la falda de un monte
que el Occeano acaricie
y la primavera borde,
nos encontrarás pidiendo
á Dios que no te abandone;
y que feliz y dichoso
á nuestros brazos te torne!

FERN. Oh! no padre: partir quiero
con vosotros; á los goces
torno de mi edad pasada.
Mi brazo, á tu gusto dócil,
te dará seguro apoyo:
Juana llenará de flores
mi estudio: juntos iremos
á robar al horizonte
esas incopiables tintas
precursoras de la noche!
Oh! si hay bálsamo en la tierra
que cierre heridas de amores,
está en la paz venturosa
del hogar!... Que no me roben
esta esperanza postrera...
¡ay de mi existencia entónces!

PEDRO. Fernando... Tú eres mi hijo,
y hoy por vez primera me oyes
suplicarte que nos dejes
separarnos: te responde
de mi amor... ¡toda mi vida!...

FERN. No lo entiendo... ¿qué razones
á mi anhelo cariñoso
de vivir juntos se oponen?

PEDRO. Fernando. En balde al torrente
quieren encauzar los hombres

cuando espumoso y terrible
sus marcadas lindes rompe.
Somos Juana y yo, pequeño
valladar á tus pasiones
que en la selva de la vida
desatalentadas corren.
Tú el estorbo arrollarias
que en tu falsa calma escoges,
maldiciendo á pesar tuyo
la vida que me propones.

FERN. Padre, ¡yo busco consuelo!

PEDRO. ¡Dételo Dios!

FERN. Falta enorme
es la mia, cuando esquivo
hoy mi padre me responde!

PEDRO. Es forzoso separarnos...

FERN. (Con amargura y dirigiéndose á la derecha.)
No insisto más!

PEDRO. (Deteniéndole.) Pero oye!
¡Tu vida es mia!... Recuerda
cuántos dias!... cuántas noches
trabajé porque vivieras!...
No echo en cara mis favores,
si lo son. Es que tu vida
es mia!... No me la robes!

FERN. Padre!... (Bajando los ojos.)

PEDRO. Sufre! y pide al cielo
que traiga dias mejores.
(Fernando entra por la puerta de la derecha.)

ESCENA IV.

D. PEDRO.

Es forzoso socorrerlos!
y es preciso que él ignore,
en mucho tiempo á lo ménos,
el amor de Juana. Es hombre,
y olvidará. Cuando á vernos
vuelva, ¿quién sabe si entónces
todos seremos felices?
Mientras, partir esta noche

es fuerza. ¿Y esa mujer
que mató sus ilusiones
quién será?... ¡Pobre hija mia!
Es natural! ¡Siempre el hombre
tiene la dicha á su lado,
y á buscarla léjos corre!

ESCENA V.

D. PEDRO, el DOCTOR, por el foro.

DOCTOR. Adios, don Pedro... Y Fernando? (Con interés.)
PEDRO. En su cuarto ha entrado ahora.
DOCTOR. Se está de marcha?
PEDRO. Esta noche,
siempre que usted no disponga
nada en contrario, partimos.
DOCTOR. Los tres? (Con intencion.)
PEDRO. Los dos! Mi memoria
no es infiel, y usted nos dijo
que la ausencia era forzosa.
DOCTOR. Y Fernando?...
PEDRO. Con nosotros
queria ir. Él ignora
que de él huimos...
DOCTOR. Anoche
le acompañé yo!...
PEDRO. La historia
conoce usted de sus penas?
DOCTOR. Y usted?...
PEDRO. No!
DOCTOR. Yo la sé toda!
Oh! si usted le hubiera visto
ardiendo en sublime cólera
proclamar á usted su padre
y bendecir su memoria,
ménos severo sin duda
con él se mostrara ahora!
PEDRO. Yo sé muy bien lo que vale;
y si una víctima pronta
hoy la muerte necesita
de un ser de los que me adoran,

entre mi hija y Fernando
no seré yo quien escoja!
Pero como usted creia
ayer, la ausencia es forzosa,
Juana ha perdido diez años
en estas últimas horas:
es preciso que se calme
su martirío y su zozobra,
y que él, cuando á vernos vuelva,
haya olvidado esa historia!

ESCENA VI.

D. PEDRO, el DOCTOR, JUANA, por la izquierda.

JUANA. Ah! Doctor... usted le ha visto?
DOCTOR. Á quién?
JUANA. Á Fernando. ¿Es cosa
de cuidado lo que tiene?
DOCTOR. No tal; su afeccion nerviosa
es propia de enamorados!
Ha reñido con la novia! (Sonriéndose.)
JUANA. Ah! ya!...
DOCTOR. Para siempre! (Con intencion.)
JUANA. (Disimulando.) Puede!...
La querria mucho!...
DOCTOR. Todas
esas cabezas de artista,
sacan de quicio las cosas,
y á mil exageraciones
poéticas se abandonan!
No digo que no la amara,
más la olvidará por otra!...
JUANA. Sí... pueden reconciliarse...
DOCTOR. Imposible!...
PEDRO. Y... ¿qué te importan
tales cuentos?...
JUANA. Es mi hermano.
Puede que *ella* no conozca
lo que vale y lo que pierde.
DOCTOR. No: si ella es una señora...
aristocrática... rica...

de esas que no se enamoran
sino vagamente!... Vióle
del genio con la aureola,
y sin saber lo que hacia
se dejó amar como todas!

PEDRO. Él habla de un desengaño...
de una infamia!...

DOCTOR. Sí; la hora
llegó de escoger marido,
que es el negocio que importa,
y como Fernando es pobre,
como tampoco le abona
su apellido, como es hijo
de... nadie—Clara, se nombra
así, escogió á un noble rico...
y aquí paz y despues gloria!

JUANA. ¡Si ella le habia jurado
amarle siempre!...

DOCTOR. ¿Qué importa?...
si fueran los juramentos
pagarés... ya era otra cosa...
pero sin papel sellado...
ni se paga ni se cobra!

JUANA. Y... ¿es muy bella?...

DOCTOR. Sí... elegante...
altiva... deslumbradora!...

JUANA. Ella pierde más!

DOCTOR. (Con intencion.) El caso
es que si el chico no toma
el partido de alejarse,
tal vez le pese la forma
crüel con que la habló anoche;
y arrepentido...

JUANA. (Con rapidez.) Si es cosa
decidida que se marcha...
quiere ir con nosotros!...

PEDRO. Bromas
de Juana!... Fernando debe
buscar su remedio á solas!

JUANA. Como él insiste...

DOCTOR. Veremos!
(Haz por hablarle!) Y ahora (Á D. Pedro.)

nosotros á escribir vamos
el plan que más se acomoda
á su estado de usted... Pronto
acabaremos...

PEDRO. ¿Qué importa
que usted se empeñe en mentirme
esperanzas engañosas,
si yo sé que no hay remedio
para mí?...

DOCTOR. Milagros obra
Dios á veces, y ayudarle
es necesario!

PEDRO. Él le oiga!
Juana... que partimos solos!

JUANA. Ya lo sé!... (Con resignacion.)

DOCTOR. (Ap. á Juana.) (Como él ignora
que todo lo sabes, óyele
sin venderte!...)

JUANA. (Con amargura.) Nada nota
en mí nunca!)

PEDRO. (Al Doctor.) Vamos!

DOCTOR. (Yendo á acompañarle.) Vamos!

JUANA. (Tiemblo al quedarme aquí sola!)
(El Doctor y D. Pedro se van por la izquierda.)

ESCENA VII.

JUANA.

¡Han reñido para siempre! (Con alegría.)
pero él en silencio llora!...
¡Oh! corazon egoista,
por qué en júbilo te ahogas?
Valgo yo acaso más que ella
si me alegra su victoria
y no pienso en la desgracia
de Fernando y su derrota?
Ademas: ¿cómo podria
contrarestar su memoria,
yo, que no soy elegante,
ni millonaria, ni hermosa?
¿Cómo mi percal humilde

luchar con galas y joyas,
ni con sus brazos de nieve
mis manos trabajadoras?
¿Quién soy yo, pobre muchacha,
del hogar perpétua sombra,
ante esas ricas mujeres,
deidades deslumbradoras,
á quiénes mece la suerte,
á quienes el oro adorna,
á quienes el ócio viste,
y á quienes el vicio adora?...
Camelia es ella brillante
que dorada estufa adorna,
y yo amapola silvestre
que nace entre abrojos sola...
Ella en búcaros se mece,
yo abro entre peñas mis hojas...
¿quién no coge la camelia?
¿quién no pisa la amapola?
(Aparece en el foro Clara y un lacayo, que se va á una indicacion de la primera.)

ESCENA VIII.

JUANA, CLARA.

CLARA. Aquí es! (Desde el foro.)
JUANA. (Volviéndose con rapidez.) Quién?
CLARA. (Mi pretexto
no puede dar que pensar)
JUANA. Qué?...
CLARA. (Interrumpiéndola.) Don Pedro Salazar
vive aquí?...
JUANA. Sí tal!... (¿Qué es esto?)
(Con sorpresa y desaliento.)
CLARA. Soy de la Beneficencia
parroquial...
JUANA. Yo no me explico...
CLARA. Y hace tiempo me dedico
á socorrer la indigencia...
JUANA. ¡Sublime entretenimiento!... (Con ironía.)

Pero...

CLARA. Me han asegurado
que aquí vive un ciego honrado
sin trabajo y sin sustento.
Y aunque no indica esta casa
que la noticia es verdad,
bien puede la caridad
penetrar por donde pasa!

JUANA. Oh! la han engañado á usted.

CLARA. Que me perdone la ruego...

JUANA. Yo soy hija de ese ciego
y agradezco la merced!
Hubo un tiempo, en él empieza
la verdad de sus preguntas,
en que aquí vivieron juntas
la salud y la pobreza!...
Ambas alegres vivieron;
pero ya las dos se han ido...
juntas habian venido
y juntas tambien se fueron!...

CLARA. El nombre de Salazar
no me es ya desconocido...
Á un pintor de ese apellido
(Con fingida indiferencia.)
conozco... algo...

JUANA. (Mirándola fijamente.) ¡Es singular!...
Tambien vive aquí!

CLARA. Colijo
entónces seguramente,
que el pintor será pariente
de ese anciano...

JUANA. Sí; es su hijo!
Su talento universal
nos pertenece tambien,
y esto le prueba á usted bien
que la han informado mal.

CLARA. Cierto... y siento haber venido
aquí... tan mal informada;
pero estaba motivada
mi visita. Ayer, he oido,
creo, al Marqués de Belflor,
mi tio, que está nombrado

secretario de un jurado
de premios...

JUANA. (Interrumpiéndola y ofreciéndola una silla.)
Tengo el honor...

CLARA. Gracias! (Sin aceptarla.) De acciones virtuosas,
decir que iban á premiar
á don Pedro Salazar,
por... yo no sé cuántas cosas,
y dije: «al solicitar
premio que se da en dinero,
tal vez ese caballero
me pueda necesitar.»

JUANA. Tiene un hijo y yo un hermano
que nos profesa amor loco;
cuanto gana, que no es poco,
entrega á su padre anciano.
Y si á mi padre premiaran,
no sé por qué, dejaria
el dinero: mil habria
que más lo necesitaran!

CLARA. Dispense usted nuevamente
esta importuna visita.
Es usted harto bonita
para no ser indulgente!

JUANA. Señora!... (Sonriendo irónicamente.)

CLARA. Y tal confianza
me inspira usted, que quisiera
una pregunta postrera
hacerla...

JUANA. (Más se afianza
mi duda!)

CLARA. Tengo interés
por una amiga, que creo
tiene de hablar gran deseo
con Salazar!

JUANA. (¡Ella es!)
Con mi padre? (Disimulando.)

CLARA. No, señora;
con Fernando.

JUANA. Ese es su nombre!
Permita usted que me asombre...
Yo no le he dicho hasta ahora.

CLARA. Mi amiga le pronunció!...
JUANA. Si es quien yo creo esa amiga...
permita usted que la diga (Con ironía.)
que á muy mal tiempo llegó!
CLARA. Por qué? (Con altivez.)
JUANA. Señora, mi hermano,
que no lo es de sangre... (Con intencion.)
CLARA. Ah!...
JUANA. Me quiere á mí mucho... (Con fingida sencillez.)
CLARA. (Mirándola fijamente.) Ya!...
JUANA. Y... con su mano en mi mano,
me dijo ayer tales cosas
de una amiga que ha tenido...
¡Si ella las hubiese oido!...
CLARA. Malas eran! (Sonriendo.)
JUANA. Horrorosas!
Parece que... esa mujer,
por sencilla distraccion
jugó con su corazon
infamemente hasta ayer.
Que mintiendo gran cariño
y teniéndole bien poco,
volvió á *mi* Fernando loco
como se le vuelve á un niño.
Y que insensible y cruel,
eligió para marido
á otro á quien nunca ha querido,
abandonándolo á él.
¿Quién hay que á Fernando iguale?
Figúrese usted, marquesa,
cómo me hablaria de... esa
mujer que tan poco vale! (Con desprecio.)
CLARA. No soy marquesa! (Secamente.)
JUANA. (Con naturalidad.) Creia...
CLARA. Si *su* Fernando de usted
aún hiciera la merced
de oirla...
JUANA. Si ella venia
con noble arrepentimiento
para ofrecerle su mano,
yo le diria á mi hermano:
«hazla feliz al momento.

»Si ella es muy noble, tú honrado;
»si es rica, tú en cambio tienes
»un talento que con bienes
»nadie comprar ha logrado.
»Ámala y hazla tu esposa
»pues á su pasado abdica:
»sé tu pobre, si ella es rica,
»que merece ser dichosa.»
Esto, señora, diria
yo á mi hermano, si aquí viera
á esa mujer, y supiera
que la infeliz me entendia!

CLARA. Tiene usted una opinion (Con sarcasmo.)
de Fernando y su valer,
que no debe haber mujer
que le niegue el corazon.

JUANA. Siempre con él he vivido (Con gravedad.)
dia á dia, hora por hora,
y juntos siempre, señora,
hemos gozado y sufrido.
Así nuestros corazones,
(Conmovida, pero sin llorar.)
en cariñosas cadenas,
han compartido las penas,
el hambre y las privaciones;
y de ese amor soy esclava,
que callando llora y reza,
y al pie de la cuna empieza,
y al pie del sepulcro acaba!

CLARA. Contando él, y es natural,
con afecto tan constante,
¿cómo no tiene bastante
con ese amor fraternal?
(El Doctor sale por la izquierda y las ve: y va bajando poco á poco hasta colocarse en medio de ambas á su tiempo.)

JUANA. Porque lo quiere el destino,
porque, ya que usted me obliga
á decírselo, su amiga
se ha interpuesto en mi camino!

ESCENA IX.

CLARA, JUANA, el DOCTOR.

DOCTOR. (Por eso en esta mansion (Ap. á Clara.)
nada tiene usted que hacer!)
CLARA. (Silencio!)
(Ap. con rapidez y dignidad al Doctor.)
Yo sin querer
cometí una indiscrecion.
Yo á mi amiga le diré
que debe á ese hombre olvidar!
JUANA. Si nunca le supo amar,
señora, no hay para qué!
CLARA. Vine de su dicha en pos!...
DOCTOR. Bien se encontrará sin ella!...
CLARA. Tiene una hermana muy bella. (Al Doctor.)
Adios y gracias! (Á Juana.)
JUANA. (Con dignidad.) Adios!
(Clara se va por el foro.)

ESCENA X.

JUANA, el DOCTOR.

JUANA. Es ella, no es cierto? (Con rapidez.)
DOCTOR. Sí!
qué te ha dicho?
JUANA. No lo sé!
¿No le despreció?
DOCTOR. Sí á fe!
JUANA. ¿Qué venia á hacer aquí?
DOCTOR. ¿Te habló de su amor?
JUANA. ¡Oh, no!
pero á entender me le ha dado!
¡Cuando hasta aquí le ha buscado
nada puedo esperar yo!
DOCTOR. Fernando no olvidará

la ofensa que ha recibido...

JUANA. Oh! cuando hayamos partido
á su lado volverá!
No sé qué vaga esperanza...
mi corazon concebia
en el afan que tendria
hoy Fernando de venganza.
Pero he visto á esa mujer,
que me asesina y le mata,
y esa esperanza insensata
no volverá á renacer.
¿Para qué huimos de aquí
si yo olvidarle no quiero,
y de este amor verdadero
llevo el torcedor en mí?
No más contendré mi llanto (Con energía.)
con el disimulo eterno
que trueca en horrible infierno
mi cariño puro y santo!
¡No quiero ya más fingir!
dejadme todos llorar! (Sollozando.)
¿Por qué no ha de verme amar
el que me ha de ver morir?

ESCENA XI.

JUANA, el DOCTOR, FERNANDO, por la puerta derecha: el Doctor se dirige á él con rapidez y le baja de la mano al proscenio.

JUANA. Ah! (Al ver á Fernando.)

DOCTOR. Ven aquí!

JUANA. (Ap. con rapidez.) (No, Alvarado!...
no supe lo que decia!...)

DOCTOR. Mientras tu alma se perdia
por otro amor despreciado,
dejabas aquí el tesoro
de un amor grande y profundo,
sin la máscara del mundo,
sin el contagio del oro!

JUANA. No le escuches!... (Por piedad!)

DOCTOR. ¡Mira el rubor de esa frente
donde ha escrito un Dios clemente
tu eterna felicidad!
FERN. Qué! (Comprendiendo apenas.)
JUANA. No le hagas caso!
DOCTOR. ¡Dí!
¿nunca has llegado á entender
que sin amor la mujer
no hace lo que ella por tí?
FERN. Juana!
JUANA. (Sonriendo nerviosamente.) No tal!... no le creas;
trata de hacerte olvidar
tu pena, y quiere inventar...
(Conteniendo sus lágrimas.)
FERN. Yo...
DOCTOR. Basta con que la veas!
En esas lágrimas puras
que á tus piés su dolor lanza,
hay una eterna esperanza
y una vida de amarguras!
(Juana se cubre el rostro.)
Míralas rodar en calma
por esa mejilla fria!
son perlas que Dios te envia
para hacer rica á tu alma!
JUANA. No más!
FERN. Y yo no advertí!...
DOCTOR. Ella sufriendo te adora!
JUANA. Oh! yo... no...
DOCTOR. Mátala ahora!
JUANA. Ya no hay remedio!... ay de mí!
(Volviendo á cubrirse el rostro. Pausa.)
FERN. (Y yo nunca he sospechado...
cuánto, Juana, habrás sufrido!)
(Acercándose á Juana y cogiéndola una mano.)
Si viene un dia el olvido (Con gravedad.)
de mi amor desesperado,
yo juro hacerte dichosa
como tu fe deseó
tanto tiempo, cuando yo
te pueda llamar mi esposa!
JUANA. No, Fernando: yo no quiero

tu cariño compasivo!
feliz amándote vivo...
nada exijo... nada espero...
Mi alma acostumbrada se halla
á que yo sea su juez!
¡No se ama más que una vez,
y tú ya has amado! (Calla!)
(Al ver á D. Pedro por la izquierda.)

ESCENA XII.

JUANA, el DOCTOR, FERNANDO, D. PEDRO.

PEDRO. Estais aquí todos?
JUANA. Sí;
disponiendo la partida!
DOCTOR. Es ya cosa decidida
que Fernando huye de aquí!
PEDRO. Dónde va?
(Fernando va á hablar y el Doctor le detiene.)
DOCTOR. Segun parece
piensa ir á Roma!
PEDRO. Bien hace;
quien como él pintor nace
justo es que á estudiar empiece!
Y dentro de un año ó dos...
volverá...
FERN. Más pronto aún
para encontraros...
PEDRO. Segun
lo determine ántes Dios!...
Yo ya he vivido bastante...
FERN. Padre!... (Conmovido.)
PEDRO. Puede acontecer...
que no me vuelvas á ver...
MARQ. (En el foro.) Me dan permiso...
PEDRO. Adelante!

ESCENA XIII.

JUANA, el DOCTOR, D. PEDRO, FERNANDO, el MARQUÉS.

FERN. (¡Oh, él aquí!) (Ap. al Doctor.)
DOCTOR. (Vamos, valor!)
FERN. (Qué es lo que viene á buscar?)
MARQ. Don Pedro de Salazar
no vive aquí?
PEDRO. Servidor!
MARQ. Señores...
(Saludando friamente al Doctor y á Fernando.)
DOCTOR. Señor Marqués!...
MARQ. Traigo una honrosa mision!...
FERN. (Se me salta el corazon!)
DOCTOR. (Juana te mira!...)
PEDRO. ¿Y cuál es?...
JUANA. (Ella dijo!...)
FERN. (Qué inquietud!)
MARQ. Ha sido usted agraciado
hoy mismo por el jurado
de premios á la virtud!
PEDRO. Yo!... Por qué... (Muy sorprendido.)
MARQ. Veinte años há,
recogió usté á un pobre niño,
dándole amparo y cariño,
siendo usted pobre.
PEDRO. (Con sencillez.) Es verdá!
MARQ. Haciendo más que pudiera
y acortándose el sustento,
con heróico sufrimiento
le ha dado nombre y carrera.
Para hacerle un gran artista
entregado sin reposo
á un trabajo harto y penoso
ha perdido usted la vista.
PEDRO. Yo... (Avergonzado.)
MARQ. Justo es que usted reciba
lo que tal dolor compensa,
y esto es la recompensa
de su accion caritativa...

PEDRO. Yo... no he reclamado nada...
ni nada notable he hecho...
ni á juzgar tiene derecho
nadie mi vida privada.
MARQ. Hoy premia la sociedad
la virtud que se escondia...
¡Esto es la filantropía!...
PEDRO. Mejor es la caridad!
MARQ. La virtud...
PEDRO. Lo que en premiarla
gasta hoy ese jurado
fuera mejor empleado...
MARQ. De qué modo?
PEDRO. En imitarla.
No hace falta avergonzar
al que cumple su deber,
ni es ya meritorio hacer
lo que se puede premiar.
Gracias doy, por el honor
que quiere hacerme el jurado;
ni nunca en él he pensado
ni le merezco, señor.
De mí no estoy satisfecho...
MARQ. Permítame usted que insista...
PEDRO. ¡Como ya no tengo vista
no puedo ver lo que he hecho!
FERN. Padre!... (Con ternura.)
DOCTOR. Bien! (Dándole la mano.)
MARQ. De usted exijo
aunque el dinero no admita,
que dar su nombae permita...
PEDRO. Ya se le he dado... á mi hijo.
Cuando en el mortuorio lecho
de su abandonada madre,
(Con solemnidad.)
yo le juré ser su padre
estrechándole á mi pecho,
contraje la obligacion
ante Dios que nos veia,
de darle aun á costa mia
sustento y educacion.
Y si el cielo me ayudó

mi deseo á realizar,
¿qué es lo que quieren premiar,
si aquí el premiado soy yo!!

MARQ. Entónces... (Haciendo ademan de retirarse.)

PEDRO. Tengo el honor...

MARQ. Aunque su respuesta siente
por mí el jurado, usted cuente
con el Marqués de Belflor.

PEDRO. (Al oir este nombre, coge al Marqués ántes de que se retire y baja con él al proscenio presa de la mayor agitacion. Todos lo observan con ansiedad.)
Qué!... usted... ¿es su nombre?...

MARQ. El mismo!
qué pasa?

PEDRO. ¡Oh Dios!...

MARQ. ¿Qué le ha dado?

PEDRO. ¿Es usted aquel dechado
de crueldad y de egoismo,
cuya historia de horror llena
escuché henchida de agravios
de los moribundos labios
de la infeliz Magdalena!

FERN. Mi madre!... (Con explosion.)

MARQ. (Alterado.) Cómo!... ella fué!...

PEDRO. La que de hambre sucumbió
en una boardilla!

MARQ. ¡Oh!
y ese... es su hijo... (Señalando á Fernando.)

PEDRO. (Con terrible sarcasmo.) Sí á fe!...

DOCTOR. ¡Oh Dios!

FERN. (Retrocediendo.) Yo!...

MARQ. Nunca creí...

PEDRO. Ese asesinó á tu madre!... (Á Fernando.)

MARQ. Oh! pero yo soy tu padre!... (Suplicante.)

FERN. Marqués... Mi padre está aquí!...
(Corriendo al lado de D. Pedro, á quien estrecha entre sus brazos.)

MARQ. Yo puedo aun reparar...
riqueza... nombre... poder...

PEDRO. Va usted dinero á ofrecer
á Fernando Salazar?
¿Cree en su delirio loco

que puede comprarse el llanto,
y que al que usted negó tanto
se contente con tan poco,
que olvide por la fortuna
al que mal hombre y mal padre,
dejó sin tumba á la madre,
y dejó al hijo sin cuna?
¿Qué positivismo fiero (Con explosion.)
existe en la edad presente,
para que crea esta gente
que no hay más Dios que el dinero?

MARQ. Yo á comprar su amor no voy...
pero es justo... que reclame
á mi hijo...

FERN. ¡Cambio infame
fuera el de mi nombre hoy!
Cuando yo no le tenia,
cuando usted me le negaba,
este anciano me le daba
y nada en cambio pedia.
Me dió su nombre y su pan...
por mí la vista perdió...
¡Ese nombre que él me dió
mis hijos le llevarán!...

MARQ. Pero es que puedes lograr
con tu fortuna cuantiosa...
tambien á Clara...

FERN. (Señalando á Juana.) Mi esposa
me ha enseñado á perdonar!

MARQ. Cómo!

FERN. Usted me reconcilia
con mi deber olvidado.

PEDRO. Al fin has adivinado...

FERN. Esta es mi única familia!

MARQ. Hijo!... (Suplicante.)

FERN. Existe entre los dos
el cadáver de mi madre!

DOCTOR. Fernando!... el crímen de un padre
sólo le castiga Dios!
Los buenos no se abandonan
al duro rencor que ciega;
¡Dios mismo su perdon niega

á aquellos que no perdonan!

FERN. Es verdad!... (Bajando la cabeza.)

DOCTOR. Él que os ha visto
sumidos en triste llanto,
hoy os da su premio santo,
como dijo Jesucristo.
«Cuantos sufren y me adoran,
esperen morir premiados,
porque, bienaventurados
serán por mí los que lloran!»

(Todos se abrazan. El Marqués esconde el rostro entre las manos en segundo término. Cae el telon.)

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.

Madrid 12 de Mayo de 1866.

El Censor de Teatros.

NARCISO S. SERRA.

PAUL ADAM

EL AÑO DE CLARISA

PROMETEO
VALENCIA

3 0112 115885284